



Susurros a mamá

ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Susurros a Mamá



**VOCES QUE HABLAN DE DISTINTOS
RINCONES DEL MUNDO**

Susurros a mamá

ANTOLOGÍA INTERNACIONAL 

Susurros a Mamá

Primera edición 2026

© Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798255681563

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

Susurros a mamá

Los relatos y textos incluidos en esta antología son propiedad intelectual de sus respectivos autores. El editor no se hace responsable por las opiniones, ideas o conceptos expresados en esta obra, siendo estos de exclusiva responsabilidad de sus creadores.

Esta publicación busca fomentar la literatura. Al mismo tiempo, impulsa la visibilidad de nuevas voces en el ámbito literario internacional.

Índice

Dedicatoria 	7
Prólogo 	9
Mamá en mí 	11
El amor de una madre 	15
Querida Madre 	17
Hilo rojo 	19
Querida Joaquí 	23
¡Tu alhajero! 	26
Ángelus 	28
Querida Mamá 	32
Entrañable Mamá 	34
Mi hermosa flor 	36
Nuestra primera brújula 	38
Carta a Mamá 	43
La carta que nunca recibiste 	47
Corazón de oro 	49
Donde aún me escuchas 	55
Te extraño, mamá 	59
Mi eterna rosa 	62
Mi superhéroe 	65

Susurros a mamá

Querida mamá 🌸	68
Ña 🌹	71
Míma 🌸	74
La carta sin destinatario 🌹	77
La gente muere cuando no se le recuerda 🌸	81
Demasiado tarde 🌸	84
La buena madre 🌸	87
El amor verdadero 🌸	91
No estoy preparado para tu partida 🌸	93
Mamá 🌹	95
Querida Madre 🌸	97
Mamá 🌸	101
¡Hola, má! 🌸	103
Las dos mamás 🌸	106
Mamá cocochita 🌸	109
Madre 🌸	112
Agradecimiento 🌸	114
Colaboradores de la Antología 🌸	116

Dedicatoria

A todas las madres del mundo, sin importar fronteras, edades o circunstancias, dedicamos estas páginas que nacen del corazón. Esta antología internacional de escritores de habla hispana es un tributo colectivo, un canto de gratitud y memoria que se eleva en forma de carta, como un puente íntimo entre quienes escriben y aquellas que han sido el origen de sus vidas.

Cada palabra aquí reunida es un abrazo que se extiende más allá del papel. Es un intento de decir lo que tantas veces se calla, de agradecer lo que tantas veces se da por hecho, de llorar lo que tantas veces se oculta. Porque las madres, en su infinita entrega, han sido la raíz que sostiene, la voz que guía, la mano que acaricia y el refugio que nunca se niega.

Dedicamos este libro a las madres presentes, que aún acompañan con su ternura cotidiana, y también a las madres ausentes, que permanecen vivas en la memoria y en el amor de sus hijos. A las que han sacrificado sueños para que otros pudieran cumplir los suyos, a las que han enfrentado la vida con valentía, a las que han sabido transformar el dolor en fortaleza y la esperanza en camino.

A las madres que enseñaron a leer y escribir, a cocinar y a rezar, a trabajar y a resistir. A las que con paciencia infinita escucharon los miedos de la infancia y las dudas de la juventud. A las que, con un gesto sencillo, hicieron del hogar un lugar seguro y del tiempo compartido un tesoro imborrable.

Este libro también se dedica a las madres que han partido, pero que siguen presentes en cada recuerdo, en cada gesto heredado, en cada palabra que nos enseñaron. Porque la ausencia no borra el amor, sino que lo transforma en semilla que florece en quienes seguimos caminando.

Susurros a mamá

A las madres que son amigas, consejeras, maestras, compañeras de lucha. A las que han sabido ser firmes y dulces, fuertes y vulnerables, humanas y eternas. A todas ellas, que con su amor han tejido la historia de nuestras vidas, dedicamos estas cartas que son testimonio de gratitud y de amor.

Que esta antología sea un homenaje compartido, un regalo que trascienda el tiempo y el espacio. Que cada carta sea un recordatorio de que, sin importar la distancia o la ausencia, el amor de mamá permanece vivo, eterno y luminoso.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

Prólogo

El acto de escribir es, en esencia, un gesto de memoria y de amor. En esta antología internacional de escritores de habla hispana, reunida bajo el título «Cartas a mamá», se entrelazan voces diversas que, desde distintos países, geografías y experiencias, convergen en un mismo sentimiento: la necesidad de hablarle a la madre, de agradecerle, de recordarla, de llorarla o de celebrarla.

El 10 de mayo, Día de las Madres en gran parte del mundo hispano, se convierte aquí en un puente literario que une generaciones y territorios. Cada carta es un testimonio íntimo, un fragmento de vida que se abre como un pétalo y revela la fragilidad y la fuerza de ese vínculo único. No importa si la madre está presente o ausente, si la carta se escribe desde la infancia, la adultez o la vejez: todas las palabras que aquí se reúnen son un homenaje a la raíz que nos sostiene.

Este libro es más que una compilación de textos; es un mosaico de emociones compartidas. Encontramos en sus páginas la ternura de quienes evocan los desayunos preparados con paciencia, la nostalgia de quienes recuerdan los consejos que hoy cobran sentido, la gratitud de quienes reconocen los sacrificios silenciosos, y también el dolor de quienes escriben desde la ausencia, buscando en la escritura un abrazo que ya no puede darse.

La riqueza de esta antología radica en su pluralidad. Escritores de distintos países de habla hispana —México, Puerto Rico, Colombia, España, Uruguay, Guatemala, entre otros— han aportado su voz para construir un coro universal. Cada carta, aunque profundamente personal, se convierte en un espejo en el que todos podemos reconocernos. Porque hablar de mamá es hablar de la infancia, de la familia, de la identidad, de la raíz que nos define.

Susurros a mamá

En estas páginas se confirma que la literatura no solo es un ejercicio estético, sino también un acto de sanación y de encuentro. Al escribirle a mamá, los autores se escriben a sí mismos, se reconcilian con sus recuerdos, se permiten llorar y agradecer. Y al leer estas cartas, los lectores también se encuentran con sus propias memorias, con sus propias ausencias y presencias.

Que esta antología sea, entonces, un regalo compartido. Un tributo a todas las madres, vivas o ausentes, que con su amor han tejido la historia de nuestras vidas. Que cada carta sea un abrazo extendido más allá del papel, un susurro que viaja desde la intimidad de quien escribe hasta el corazón de quien lee.

Porque en cada palabra, en cada carta, late la certeza de que el amor de mamá es eterno.

10 de mayo de 2026

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

Mamá en mí

Silvia Carús

ESPAÑA

Mamá:

Hoy te escribo desde una calma que ya no me asusta ni me pesa.

Por mucho tiempo evité hablar de tu ausencia, como si el silencio pudiera impedir que fuera definitiva. Pero hoy entiendo que callar duele más que aceptarlo, y que las palabras, aunque lleguen tarde, también sirven para abrazarse a la distancia.

No recuerdo la primera vez que me diste la mano, pero sí que nunca me soltaste. Tu cariño estaba en los detalles: en la comida caliente cuando el día era complicado, en tu paciencia infinita de cada mañana y en esa forma tan tuya de leerme el alma sin tener que preguntar nada.

Tu amor no necesitaba hacerse notar; era lo que sostenía mi mundo.

Cuando era niña, vivía bajo la dulce certeza de que las madres eran seres eternos, ajenos al paso del tiempo y al desgaste de la vida. Pensaba que tu voz habitaría para siempre entre las paredes de nuestra casa, fundiéndose con el aroma del café de la mañana y el eco pausado de tus pasos recorriendo el pasillo. No sospechaba entonces que el tiempo se atrevería incluso con lo más sagrado, ni que llegaría un día en que tendría que aprender el difícil arte de buscarte en los rincones donde ya no podías estar.

Cuando partiste, el mundo continuó su marcha con una normalidad que me resultó profundamente injusta. Me costaba aceptar que la gente siguiera riendo en la calle, que los autobuses cumplieran sus horarios o que el pan saliera caliente del horno mientras mi realidad se desmoronaba. Fue entonces cuando comprendí que el dolor no puede detener la vida, pero sí posee la fuerza suficiente para transformarla para siempre.

Durante mucho tiempo guardé conmigo el deseo de decirte tantas cosas que quedaron pendientes. Quise agradecerte cada una de esas noches en vela que pasaste a mi lado cuando la fiebre me consumía, los consejos que en mi adolescencia fingía ignorar para demostrar mi independencia y la paciencia infinita con la que esperaste a que yo entendiera el verdadero significado de amar. También quise pedirte perdón por las veces que respondí a tu cariño con un silencio ingrato, por los días en que viví bajo la falsa creencia de que siempre nos quedaría tiempo y por no haberte abrazado con más fuerza cuando todavía podía sentir tu calor.

Sin embargo, a pesar de la nostalgia, no todo es tristeza cuando tu recuerdo vuelve a mí. También hay una luz inmensa que lo ilumina todo. He descubierto que tu ausencia no es un vacío inerte, sino una forma de presencia distinta, más callada pero profundamente viva. Te encuentro en las decisiones que tomo cuando dudo, en la forma en que cuido a los que amo y en la ternura que intento ofrecerle a un mundo que a veces olvida ser amable.

Vives en mí, Mamá, y esa es una victoria que nada ni nadie podrá arrebatarme.

Hay días en los que te siento tan cerca que parece que nunca te fuiste. Ocurre de repente: con una canción que suena en la radio, con el sabor de una receta que aprendí de ti o cuando digo una frase y me doy cuenta de que son tus palabras las que salen de mi boca. Es en esos momentos cuando entiendo que no

te marchaste del todo, sino que simplemente encontraste otra forma de acompañarme.

Me encantaría que pudieras ver la persona en la que me he convertido y contarte mis miedos de adulta, mis pequeños logros y los sueños que sigo persiguiendo, aunque a veces se pongan difíciles. Sé que habrías sonreído con ese orgullo lleno de ternura que siempre te caracterizó, y sé también que, si tropiezo, seguirás siendo esa fuerza invisible que me ayuda a levantarme.

Nunca me enseñaste a rendirme. Al contrario: me enseñaste a seguir caminando, a mantener la fe cuando las cosas se ponen feas y a encontrar un motivo de esperanza incluso en los días más grises.

Hoy entiendo que tu mayor legado no fue material ni se basó en grandes discursos, sino en tu forma de amar: un amor sencillo, constante e incondicional que se demostraba cada día. Ese es el amor que ahora intento ofrecer al mundo, como quien enciende una pequeña luz en medio de la tempestad.

A veces me pregunto si puedes escucharme o si estas palabras logran alcanzarte donde estés. Quiero creer que sí. Me gusta imaginar que existe un lugar donde el cariño no se rompe y donde las madres siguen cuidando de sus hijos más allá del tiempo.

Si es así, mírame un momento, Mamá. Mira cómo sigo intentándolo y cómo, a pesar del miedo, continúo caminando. Todo lo que soy y todo lo que logre llevará siempre tu nombre guardado en el corazón.

Mamá:

Gracias por la vida, por la paciencia infinita y por la ternura que sembraste en mí sin esperar nunca nada a cambio. Gracias, sobre todo, por haber sido mi hogar mucho antes de que yo alcanzara a comprender el significado de esa palabra.

Susurros a mamá

También te pido perdón por todo lo que no supe decirte a tiempo, por lo que no fui capaz de ver y por no haber entendido antes que el amor más grande de mi vida estaba, simplemente, en tus manos.

Hoy te escribo con serenidad, sin la prisa del dolor reciente, desde un amor que ha aprendido a permanecer a pesar de la ausencia. He comprendido que perderte no significó el final de tu historia, sino que solo me obligó a aprender a encontrarte de una manera nueva.

Vives en cada recuerdo que me sirve de refugio, en cada gesto de bondad que intento repetir y en cada latido que todavía pronuncia, en silencio, una sola palabra:

Mamá.

Mientras mi corazón siga nombrando tu recuerdo, nunca estarás del todo lejos de mí. Te escribo con todo el amor que me enseñaste a sentir y que aún hoy me guía.

Tu hija.

El amor de una madre

Ana Martínez Castro

URUGUAY

El amor de una madre tiene tantos matices como los colores del universo que entran por nuestra mirada y, a veces, se tatúan en el alma. Es el amor más protector y sublime que existe: basta una caricia de sus manos para que, cualquiera que sea nuestro dolor, se sienta aliviado. Es la imagen más perfecta que Dios creó de fuerza, valentía, amor, dulzura y fragilidad.

Cuando la vida se endureció ante tu paso, siempre escondiste tus lágrimas, vistiendo tu llanto de sonrisa frente a mí. Continuaste ese camino de espinas con tus pies descalzos, llevándome en andas contra tu pecho para que ni una sola de las púas rozara siquiera mi piel, protegiéndome del dolor y de las heridas.

En mis noches, siempre uno de tus besos sobre mi frente fue esa estrella que lo iluminaba todo, haciéndome sentir que todo estaba bien y que las sombras se irían al despertar el sol en mis mañanas. Sin darme cuenta, esas sombras las guardabas en la cajita de tus penas para que a mí no me asustaran.

No puedo agradecerte, porque el amor no se agradece: se retribuye cuando se siente y es sincero. Siempre quise heredar de ti los matices de tu ser, esos que supiste combinar para que yo los viera color rosa.

El tiempo volvió tu andar más lento. El coraje, tu carta de presentación ante las adversidades, se volvió calma; y tus pasos decididos, independientes y ligeros, hoy se ven acompañados por un bastón que te da estabilidad.

Susurros a mamá

También tu memoria sucumbió ante la feroz garra de los años, pero tus anécdotas siguen allí: a veces reiteradas, otras confundidas, pero aún tengo el privilegio de escucharlas.

Hoy soy yo quien quita las espinas por donde pasas, intentando que tus pies, con zapatillas de cristal, solo pisen hierba fresca, naciendo flores sobre tus huellas.

Tus ojos, a tus noventa años, no los veo cansados: veo en ellos la curiosidad de una niña cuando mira por primera vez un carrusel.

No puedo describir cómo soy hoy como persona, no me corresponde. Pero sí grito con orgullo el gran trabajo que hiciste como madre. Con tu aprendizaje, te pusieron en los brazos a un ser pequeñito, indefenso, con potentes pulmones, pero sin estabilidad, y me convertiste en una mujer que hoy camina erguida por la vida.

M ujer.

A mada.

M aravillosa.

Á quien admiro.

Querida Madre

Miguel A. Amaya Ventura

MÉXICO

Te observo ahora, descansando bajo el dosel de los árboles, y no puedo evitar recordar los días en que tu paso hacía temblar la hierba. Me enseñaste que la vida no se pide, se arrebató con precisión; que el hambre no es una enemiga, sino el motor que nos obliga a ser mejores.

Recuerdo cada una de tus lecciones. Me enseñaste a leer el lenguaje invisible del viento, a entender que un crujido en la maleza cuenta una historia de vida o muerte, y que el silencio es la herramienta más poderosa de quien sabe esperar su momento. Gracias por esa severidad tuya, esa que a veces nos parecía dureza, pero que no era más que el blindaje que necesitábamos para un mundo que no perdona la debilidad.

Hoy, cuando tus ojos se han nublado y el mundo se te ha vuelto un mapa de aromas y sonidos distantes, quiero que sepas que la gratitud inunda mi pecho. Me siento en la sagrada obligación de ser tu reflejo. No temas por el sustento de la familia, ni por el destino de los más pequeños. Mis hermanas y yo hemos aprendido bien: nuestras manos ya conocen el peso de la responsabilidad y nuestra voluntad es tan firme como la tuya.

Quédate en la paz de la sombra, madre. Sé nuestra jueza y nuestra guía desde el reposo, porque tu sabiduría es el mapa que aún seguimos. Tú nos diste la vida y, más importante aún, nos enseñaste a defenderla.

Ahora, mientras el sol se oculta y tiñe el horizonte de un naranja encendido, es nuestro turno de marchar. Mis hermanas aguardan. Nos ponemos en pie, tensamos los músculos y

Susurros a mamá

lanzamos al viento ese rugido que tú nos grabaste en el alma.
Descuida, mamá... hoy nuestra manada de leones comerá gracias
a lo que tú formaste.

Con amor eterno,

Tao

Hilo rojo

Daniela Herrera Martínez

MÉXICO

La teoría del hilo rojo habla de destinos que se buscan, de amores que nacen marcados por algo invisible. Casi siempre la historia termina en una pareja. Pero hay hilos rojos que no conducen a un amante; hay hilos que no atan muñecas, sino corazones rotos que necesitan una madre.

No comenzó en un sueño, comenzó el día que tomé tu mano por primera vez y tú la sostuviste con fuerza. No fue un gesto simple, tampoco un pacto silencioso. Tú no necesitas discursos: bastó tu agarre firme para decirme que no me soltarías.

Hubo momentos en los que yo fui quien soltó. Crecí, me rebelé, dudé y me equivoqué. Me alejé de tu consejo, quise demostrar que podía sola. Aun así, cuando miraba atrás, tu mano seguía extendida. Nunca la retiraste, no exigiste condiciones, no pediste garantías: solo permaneciste.

Con el tiempo entendí que tu agarre no buscaba controlarme, sino formarme. La firmeza con la que me criaste moldeó mi carácter. A veces me miro en el espejo y te encuentro en mis gestos, en mi forma de hablar, en la manera en que enfrento los problemas. Somos iguales. Vengo de ti, no de una costilla, sino de una casualidad que se transformó en tu decisión de elegirme.

La vida no te entregó un guion, te puso frente a una decisión, y tú decidiste quedarte. Has visto mis batallas, me dejaste luchar, permitiste que conociera el error. No me encerraste en una burbuja: me diste la libertad de caer, observaste cada tropiezo con el corazón en la mano, pero no invadiste mi aprendizaje. Esa

confianza fue el mayor acto de amor que recibí. Me enseñaste que la fortaleza no nace de evitar el golpe, sino de resistirlo.

Aún me cuesta comprender el amor que representas.

Es intenso, no conoce límites claros, no se agota con el cansancio, no depende de mis aciertos. Me has visto en mis mejores días y en los peores; has sido testigo de mis derrotas, de mis lágrimas, de mis silencios largos. Me has visto levantarme después de tocar fondo y, aunque creí que ese impulso era mío, sé que llevaba tu voz dentro. Cada vez que decidí seguir tu ejemplo, tu fuerza habló antes que el miedo.

Hubo escenarios oscuros, hubo momentos en los que no parecía haber salida. Lograste llevarme hasta donde estoy, me acercaste al borde del mundo sin que yo sintiera vértigo. Construiste estabilidad en medio de la tormenta. No fue suerte, fue tu capacidad de madre.

Tu fuerza no encaja en definiciones simples.

Tiene algo que roza lo místico, algo que no se explica con palabras técnicas ni teorías: una energía que sostiene sin asfixiar, una presencia que protege sin encerrar. Es una valentía que enfrenta el pasado sin convertirlo en condena. Sabías de dónde venía mi historia, conocías las sombras que podían perseguirme y nunca permitiste que ese origen definiera mi destino.

Agradezco tu vida, tu maternidad, esa que elegiste ejercer con conciencia.

No fue una obligación automática, fue una decisión constante: cada día confirmaste que querías ser mi madre, no solo en los momentos fáciles, también en los días en que todo pesaba más. Ese compromiso no aparece en actas ni certificados; vive en los detalles, en las conversaciones largas, en los consejos firmes, en las miradas que advierten sin herir.

Susurros a mamá

Tu valor al criarme fue un acto de coraje. Pudiste rendirte, pudiste elegir un camino más sencillo, pero optaste por quedarte, por formar, por acompañar. Hiciste un gran trabajo. No lo digo desde la idealización, lo digo desde la experiencia de quien conoce sus propias grietas y se siente completa gracias a la base que recibió.

Tal vez llegue el día en que te diga que descanses, que sueltes el peso de la maternidad activa.

Ahora me toca a mí caminar con lo que sembraste; me toca honrar tu esfuerzo con decisiones firmes, con respeto por mi historia, con amor propio. No necesito que cargues mis batallas: me enseñaste a sostenerlas.

Si la vida me concede la oportunidad de ser madre, espero ejercerla como tú lo hiciste conmigo: con firmeza y ternura en equilibrio, con límites claros y abrazos sinceros, con la certeza de que materner no se reduce a engendrar. Madre no es quien da vida biológica; madre es quien cría, quien acompaña, quien forma carácter y conciencia. Y tú lo hiciste de una manera que no encuentro cómo describir sin quedarme corta.

Gracias por tomar mi mano aquel día, gracias por sostenerla cuando yo no tenía fuerza, gracias por respetar mis errores y celebrar mis aciertos, gracias por elegirme cuando la vida te puso frente a esa decisión.

Eres una madre excepcional, no por perfección, sino por entrega; no por ausencia de fallas, sino por presencia constante. Mi hilo rojo no apunta hacia un amor romántico ni a un destino incierto: apunta hacia ti, siempre lo ha hecho.

Te amo no por deber ni por costumbre, te amo porque llevaste la maternidad a un nivel que nadie podrá igualar. Lo hiciste sin garantías, sin conocer las aristas de mi carácter, sin saber qué sombras o luces traía conmigo. Aun así, elegiste amar sin reservas.

Susurros a mamá

Te amo por tu trabajo de madre, por la entrega que marcó mi historia y que dejará huella más allá de mí. Lo que sembraste no termina en mi nombre: se convierte en legado.

Eres un milagro que apareció cuando todo parecía incierto. Yo fui el diluvio con preguntas, con caos, con fuerza sin dirección; tú fuiste la tierra firme que resistió la tormenta en medio de esa fuerza desbordada.

Si algún día dudo de quién soy, en mi voz vive tu firmeza, en mis decisiones habita tu ejemplo, en mi resistencia respira tu historia. La mujer que creyó en mí cuando yo no tenía certezas eligió quedarse cuando nadie más estaba llamado a hacerlo.

Lo que soy tiene tu nombre de origen. Si la vida me pregunta de dónde vengo, responderé con orgullo: vengo de una madre que decidió amar sin límites.

Te amo, mamá Carmen.

Querida Joaquí

Antonio Laossa Cob

ESPAÑA

Antes de nada, me gustaría reflexionar sobre la siguiente pregunta: «¿Qué es una madre?». Cuestión que, a priori, puede parecer fácil de contestar, pero no resulta tan sencillo. Ni mucho menos. Espero tener el valor de darte la respuesta al final del presente escrito.

Darí­a todo lo que estuviera en mi mano para no redactar esta epístola. Solo rezo para que el mensaje que guarda te llegue de algún modo, all donde ests. S que tendría que haberlo hecho en persona, cuando tu llama aún no se hubiera extinguido, pero no ha sido así. Soy un cobarde. Quizás, los seres humanos (egoístas por naturaleza) solo nos damos cuenta de lo que tenemos en el instante en el que se esfuma de nuestras manos, aunque tampoco eso me consuela demasiado.

No te imaginas el dolor que me produce tu pérdida. Me niego a acostumbrarme al silencio cuando grito tu nombre. Tampoco quiero echar­te de menos, porque eso implicaría que acepto la ausencia de una de las personas que más he querido. Deseo rebelarme ante el implacable paso del tiempo, enemigo de todos. ¡T tendrías que haber sido eterna!

Aunque, en cierta forma, ya lo eres.

Ni siquiera soy capaz de borrar tu número de la agenda telefónica. Tal vez sea una estupidez, pero aún guardo la esperanza de marcarlo y poder oír tu voz al otro lado de la línea. No tengo el coraje de eliminar ninguna evidencia de tu existencia porque, en lo más profundo del corazón, estoy seguro de que se

desvanecería una parte de mi propio ser. Egoísmo, lo llamarían algunos. Desesperación, otros.

Yo, sencillamente, supervivencia.

¿Qué puedo decirte que no te haya expresado durante todos estos años? La respuesta es clara...

Todo me parece poco.

Gracias por ser la brújula que me orientó tras los naufragios, que no fueron pocos. Gracias por ser el faro que iluminó el camino a seguir en mitad de las sombras. Gracias por ser el muro con el que chocaron los miedos ahogados en litros de alcohol barato.

Simplemente, gracias por estar siempre ahí.

He de confesarte que el mundo se transformaba a tu lado. No existían los sobresaltos ni tampoco las lágrimas sobre el calor de tu pecho. Mi sonrisa se dejaba mecer con la tuya en una danza invisible hasta que me quedaba dormido. Tú me permitías acceder al mundo de los sueños bajo la eterna protección que brindaba tu manto...

Y nunca te lo dije.

Lamento informarte de que mi herida no termina de curarse. Sigo desangrándome desde aquella fría madrugada de noviembre en la que el firmamento ganó una nueva estrella. ¡El cielo no tenía ningún derecho a reclamarte! Lo siento. Sé que no querrías verme en este estado, pero noto que mi espíritu se encuentra fragmentado en cientos de pedazos que nada ni nadie volverá a reunir.

Estoy roto.

Y el pesar solo ha ido creciendo con el transcurrir de los días, oprimiéndome el pecho con fuerza. Te lo puedo asegurar, la culpabilidad me corroe. Sí, como lo lees. ¿Sabes por qué?

No te dije lo mucho que te quería el número de veces que merecías escuchar. No te abracé en todas las ocasiones que pude hacerlo. No te acompañé en una infinidad de momentos en los que solo la vergüenza me impide enumerar.

No estuve ausente, pero tampoco presente y nunca podré perdonarme por ello. Jamás.

No creo en el destino, pero resulta curioso que la etapa en la que un pequeño ángel llegó a mi vida, sea la misma en la que te fuiste. ¿Casualidad? Seguro, no tengo ninguna duda.

Sin embargo, necesito pensar que esperaste el tiempo suficiente para que el enorme vacío que ibas a dejarme fuera menos profundo. En realidad, dicha reflexión es lo único que alivia el sufrimiento que padezco. Más que una ilusión, es un intento desesperado por hallar el motivo de tu adiós.

No soy perfecto y tú lo sabías. Pero, a pesar de ello, me ofreciste todo el amor que pudiste entregarme y mucho más. Sin reservas, sin reticencias, sin condiciones.

Y esto último es justo lo que nos lleva al interrogante del principio de la carta: «¿Qué es una madre?». Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida...

Lo que siempre has sido para mí.

¡Tu alhajero!



Cecilia Ekaterina Cornejo García

MÉXICO

Ayer vi las fotos de mi primera comunión. Tenías ese brillo en tu mirada que fuiste perdiendo poco a poco al enfermar. También vi tu gargantilla de alpaca con mosaicos diminutos: ¡lucías hermosa con la blusa tornasol que elegiste para el evento!

Recuerdo las discusiones vespertinas sobre el alhajero de terciopelo negro con patas de león. Siempre lo aprecié, gastado y anticuado en comparación con mi caja musical con una bailarina de ballet. En secreto abría la caja cuando no estabas o dormías; busqué más de una vez la gargantilla, el anillo azul-verde con una piedra enorme corte diamante que mi abuela usaba en ocasiones especiales, las arracadas de oro viejo con estrellas labradas y el histórico medallón de 14 quilates de la Virgen de Guadalupe, regalo de tus 15 años. Solo los veía; tuve miedo de desacomodarlos y que, al darte cuenta, no cumplieras la promesa de heredármelo con todo y su contenido.

Al enfermar no volviste a usar las joyas que tanto sigo admirando. Las enterraste junto a tu alegría y glamour. La caja se opacó, las joyas se oxidaron y la mujer enojada con la vida desplazó a la madre coqueta que inspiró a la mujer que ahora soy. ¡Te daría tanto gusto ver la cantidad de aretes, anillos y collares que tengo! Desde las obligatorias perlas hasta el collar de plumas o el anillo de dragón con ojos color lila.

Ha pasado el tiempo necesario para mi corazón. He tenido el valor de buscar recuerdos y traerte de nuevo a mi presente: aquella mujer preocupada por verse bonita, siempre te viste linda. Lo primero que encontré fue el alhajero de terciopelo negro, antes

Susurros a mamá

antiguo y maltratado, ahora fiel testigo del amor entre mi abuelo y mi abuela. Por fin entiendo por qué lo celabas tanto: era uno de los pocos regalos para tu madre. Al abrirlo regresé a los días de fiesta, desenterré a la inquieta mujer, a la coqueta madre y a quien más de una vez me aconsejó qué usar en casos especiales, a lucir una sencilla joya.

Cada vez que uso tu gargantilla o las arracadas me vuelves a tomar del brazo para acompañarme a una cita importante. Son mi amuleto de la buena suerte. Con decirte que un joyero me quiso comprar las arracadas por ser clásicas. Hoy te honro en cada pulsera o anillo, te honro en cada mirada de mujer bonita.

Tu hija que siempre te recuerda,

Kate.

Ángelus

Juan Carlos Quiñones Salazar

MÉXICO

Hoy, después de mucho tiempo de no hacerlo, te escribo desde la mitad de la noche, cuando el silencio pesa más que los recuerdos y la casa parece estar sumergida en tu aroma.

Estoy seguro de que es de tu total conocimiento que existen un sinnúmero de horas en que tu partida no es solo una lacónica realidad, sino una ausencia latente que me hace entender que perderte no fue solo un instante crucial, aquel último suspiro en la cama del hospital, sino algo que sucede todos los días y a todo momento.

Parecería increíble, pero a veces me sorprende hablándote en voz alta, como si estuvieras en la cocina, moviendo el cucharón dentro de una olla que, aromatizada, hierve a borbotones.

¿Recuerdas que hicimos un hábito, derivado de tu debilidad visual causada por el glaucoma? Era mi misión cotidiana enterarte de lo que sucedía en nuestro entorno, ya que siempre deseaste saber qué me había sucedido durante el día, si todo había estado bien en mi jornada laboral, qué había realizado cada uno de mis hermanos menores, si mi padre me otorgaba sin chistar el sitio que, según tú, me correspondía, o si ya tenía novia.

Es justo en este momento cuando una daga ardiente en el corazón me recuerda que los recuerdos, por desgracia, no responden de manera física, y la resonancia de mi voz me hace romper en llanto, porque no existe respuesta más dolorosa que el silencio cuando una madre ha trascendido plagada de dolor.

Dios Padre es testigo de que he intentado ser fuerte; sin embargo, nadie me enseñó cómo caminar sin tu sombra, que siempre me protegió del sol, la lluvia y el dolor de no tenerte, ya que fuiste mi refugio contra cualquier temor.

¿Cómo olvidar que, cuando la vida me golpeaba, bastaba con recostar la cabeza sobre tus piernas para que todo volviera a tener sentido?

Ahora llueven los golpes de forma inhumana y no tengo ni la menor idea de cómo lidiar con el dolor. Quizá te cuestiones por qué, y creo que la respuesta es evidente: ya no existen aquel par de piernas que me acogían, tus manos que me palmeaban los hombros o acariciaban la cabeza, y tus cálidos labios que me besaban las mejillas, reiniciándome la vida y brindándome fuerzas para continuar.

Me atormenta pensar en las veces que no entendí tus sacrificios, debido a mi arrogancia y rebeldía de adolescente, así como por algunos desacuerdos con papá, pues consideraba que el mundo me pertenecía y que tu amor era un derecho, ¡no un milagro!

Muchas noches en el sanatorio, mientras te leía tu libro favorito, no observé tus ojeras ni el cansancio que escondías de forma perfecta tras una sonrisa reconfortante. Por lo obstinada que eras, debido a tu genética libanesa, nunca comprendí — cuando estabas medianamente bien y en casa— que cada plato servido, cada camisa planchada o cada consejo repetido mil veces era una declaración silenciosa de tu amor absoluto.

Hoy daría cualquier cosa por retroceder el tiempo para agradecerte y pedir perdón por no haber visto en su momento esos pequeños pero invaluable detalles que ahora añoro.

Tu risa siempre fue clara y cantarina como el río, resonante como la campana parroquial en domingo. ¿De qué manera lograbas mantener tus manos tibias, ocupadas en sostener a un

mundo convulso, en limpiar lágrimas, en acomodar el cabello de mis hermanas antes de ir al colegio?

Ahora existen noches aciagas en que sueño que caminas hacia mí por un pasillo de luz, sin emitir palabra; sin embargo, sonríes como era tu costumbre, y en el interior del anhelo no existe ni el menor rastro de enfermedad, despedidas, hospitales o aroma a desinfectantes. ¡Solo estamos tú y yo!

Y lo mágico del suceso es que ocurre en el tiempo de mi infancia, cuando todo parecía de un amor infinito, y siempre me repetías —aunque nunca lo pude entender— que no existía escuela que preparara padres.

Despertar de ese sueño es sentir que me desbarranco y caigo de manera irremediable en un desfiladero, porque recuerdo la última ocasión en que tomé tu mano: estaba helada, tu respiración era lenta, frágil y sin compás.

Esa noche el universo mismo se redujo a un burdo mecanismo que marcaba los segundos que te quedaban de vida. Pese a saber en qué derivaría todo, me mostré ante la familia como la persona más ecuánime y fuerte que jamás imaginaron ver, ya que lo principal para mí era que no percibieras mi temor ni me escucharas llorar, para que no se aceleraran los acontecimientos.

Cuando lo inevitable sucedió, algo en mi interior se apagó, pues desde entonces cargo una grieta invisible en el pecho, una fisura que nadie observa pero que sangra hasta hacerme llorar cada vez que te recuerdo. ¡Y créeme, sucede a menudo!

A veces quisiera saber si aún te duelen mis equivocaciones o si ansías abrazarme cuando la vida me desborda. Siempre me he aferrado a la idea de que tu amor no desapareció con tu trascendencia, sino que se transformó en algo mayúsculo, en una especie de brisa marina que me impulsa cuando estoy a punto de rendirme.

Susurros a mamá

De a poco he logrado comprender que la muerte, en lugar de extinguirte, te multiplicó en la memoria de todos, pues te encontramos en los aromas de los guisos que tus hijos y nietos intentamos replicar al seguir minuciosamente tus recetas. ¡Y nadie logra sazonar como es debido!

He descubierto, sin sorpresa, que también te encuentro en cada frase que repito de manera inconsciente, en la paciencia que tenías y que estoy muy lejos de poseer, o en la compasión sentimental que me enseñaste a pies juntillas.

No te quepa la menor duda de que eres la raíz de nuestra genética. Y aunque muchas veces me invade la rabia por tu partida a destiempo, también sé que tuve el privilegio inmenso de ser tu hijo. Mientras mi corazón continúe latiendo, ¡madre, vivirás en él!

Querida Mamá

Adrián Ramírez Alarcón

MÉXICO

En las grietas del silencio nocturno, tu voz resuena como un eco eterno, tejiendo cuentos de estrellas para disipar las sombras que devoraban mi infancia. Te escribo ahora con el fuego de palabras reprimidas que arden en mi pecho como un volcán dormido, listo para erupcionar en un torrente de gratitud y dolor. ¿Cómo se le confiesa a una madre que su amor fue el ancla en el abismo de mis tormentas más salvajes? ¿Cómo se rinde homenaje a un sacrificio que se vestía de sonrisa, mientras el agotamiento te clavaba dagas en los huesos?

Tus manos, marcadas por el yunque del esfuerzo incesante, forjaban sueños en el hierro frío de nuestra existencia diaria. Me nutriste no solo con el pan que amasabas bajo el velo del alba, sino con una fe indomable que me elevaba por encima de las tinieblas que nos acechaban. Tus ojos, abismos infinitos de ternura y fuego, me revelaron el mundo no como un verdugo, sino como un vasto océano donde navegar hacia mi propio horizonte. Pero ¿te confesé alguna vez el tormento de verte inmolar tus deseos en el altar de los míos? ¿El desgarrar en mi alma al saber que tus vigalias eran el precio sangriento de mis auroras radiantes?

Mamá, si el tiempo es un torrente implacable que nos arrastra hacia el olvido, tú fuiste el acantilado inquebrantable donde mi alma se aferraba. En tus brazos hallé el santuario cuando el amor me traicionó con veneno, cuando los aliados se disiparon como niebla traidora, cuando el fracaso me acechaba como un lobo hambriento. Tus consejos, que antaño me parecieron grilletes de hierro, hoy son alas forjadas en llamas que me impulsan hacia el cielo. “Hijo, el dolor es efímero, pero el coraje

es eterno”, susurrabas, y en cada guerra que he librado tu voz ha sido mi espada forjada en el infierno.

Sin embargo, hay un vacío que devora, un abismo donde tu ausencia ruge como un trueno interminable en los corredores de mi mente. Si has cruzado el velo de este mundo efímero, tu esencia late furiosa en cada pulso mío, en cada elección que tomo con la fuerza que me inyectaste en las venas. Te extraño en los crepúsculos sangrientos, cuando el sol se desangra como tú lo hacías con un beso ardiente en mi frente. Te amo, no con el amor tibio de promesas vacías, sino con el que se forja en el crisol de una gratitud que quema, eterna e inextinguible. Gracias por ser el génesis de mi ser, por sanar mis heridas con el fulgor de una mirada, por recordarme que el verdadero refugio no es piedra ni techo, sino el incendio de tu presencia.

Si el destino me concediera un latido más en el pasado, te estrujaría en un abrazo que rompería el tiempo, te gritaría mil veces que eres el milagro que me parió del caos. Porque sin ti, Mamá, no sería más que cenizas dispersas en la tormenta. Esta carta es mi holocausto, mi llanto que se derrama como lava, mi altar erigido a la diosa que me enseñó que el amor más puro no se susurra, sino que se graba en el alma con fuego eterno.

Con el alma en llamas,

Tu hijo

Adrián

Entrañable Mamá

Criss Roshglia

MÉXICO

Hago esta carta para ti, aunque en realidad sea para sanar mis propias heridas. Te escribo desde el recuerdo, desde las preguntas que nunca contestaste y, sobre todo, por aquellas palabras que nunca dijiste.

Desde pequeña te amé tanto y no dimensionaba las pocas herramientas que tenías para criar. No comprendía que en tu vocabulario las palabras de amor no tenían sentido, o simplemente no existían porque jamás las escuchaste para ti. Creciste pensando que el sentido de la vida, por ser mujer, se reducía a servir, a estar para los demás, a soportar cargas que no te correspondían.

Ahora admiro eso: esa valentía de no claudicar ante lo negativo, ante la oscuridad emocional que te rodeó desde niña, una niña huérfana de madre y de afectos. De adulta entiendo que eras lo que tenías, que desde tu ignorancia afectiva dabas por hecho que «hacer» y «tener» eran verbos suficientes para mantenernos estables y sanos. Y me refiero a sanos en esa sanidad emocional de criar hijos «buenos».

He de decir, madre, que lo lograste, aunque no lo lograste por el camino que cualquiera de nosotros, tus hijos, hubiera deseado. Lo lograste a base de tus propios sacrificios emocionales, pues sacrificaste tanto sin decir nada. Te redujiste al simple hecho de enseñar lo bueno y lo malo, de enseñarnos que la vida nada te regala, que lo que deseas tienes que luchar por alcanzarlo. Pero olvidaste en el camino decir que nos amabas; olvidaste que el calor de un abrazo cobija el corazón, igual que

aquella cobija que probablemente, con ternura, ponías sobre nuestros pequeños cuerpos cuando dormíamos.

Esta carta no es reproche: es conciencia, es entendimiento de tu forma de amar. Utilizaste lo que tenías y te armaste con lo que podías para expresar un «te amo», aunque lo tradujiste en hechos que hoy hablan de la gran madre que fuiste.

No reprocho, porque me hiciste valiente. Me enseñaste, sin palabras, a nunca esperar nada de nadie, sino a buscar por mí misma mis sueños. Y heme aquí, madre querida, logrando paso a paso sueños y objetivos que desde niña me planteé y que a veces veía tan lejanos.

Ahora sé que nos amaste tan profundamente como la raíz del árbol del pastor. Gracias, madre, porque sin abrazos y sin «te amos» supiste enseñarme el verdadero significado de la palabra amor. Gracias porque me enseñaste con hechos cómo pronunciar «te amo» sin miedo y repartir abrazos que cobijan el alma de los que ahora amo. Con silencios le enseñaste a mis labios a sonreír, aunque el alma me doliera.

Mi entendimiento hoy es solo de agradecimiento: salvar este linaje tan noble que nos has dejado, ya no de sumisión ni dolor, sino de valentía y esperanza, de ganas de vivir de forma diferente. Que ser mujer sea sinónimo de entrega, pero también de lucha y de cambio.

Gracias, madre, porque solo al final de tu camino me enseñaste la mujer que siempre quisiste ser, pero que la vida no te dejó.

Gracias, madre, por haber sido mi madre.

Mi hermosa flor

Maryto

MÉXICO

¿Cómo estás? Pero qué pregunta es esa... seguro que ya estás mucho mejor.

Quisiera contarte que, ahora que todo es diferente, me he dado cuenta de muchas cosas. Por ejemplo, que ser mamá no es tan sencillo como se ve desde el punto de vista de los hijos.

Cada decisión en realidad tiene un porqué, aunque no siempre se pueda explicar. Ese sexto sentido que desarrolla una madre y que te susurra al oído que no hay que ceder ante ciertas cosas, que podría ser peligroso, que algo podría salir mal. Antes no comprendía eso; creía que solo te negabas por molestar, porque se siente uno importante al tener poder sobre alguien más. Pero hubo tantas cosas que se evitaron gracias a tus instintos. Ahora mis hermanos y yo somos personas de bien, valientes y de buen corazón. Eso nos lo enseñaste tú.

Algo que tampoco imaginé que fuera tan difícil es el hecho de poner buena cara y parecer fuerte para los hijos, aunque por dentro sientas que tu mundo se derrumba: cuando no hay para comer, cuando te piden un dulce o un juguete que no puedes costear en ese momento, cuando renuncias al último pedazo de pastel, aunque ni lo hayas probado. Lo que muchos hijos no saben es que mamá también se cansa, también siente dolor, también se siente sola. Aparentar que todo estaba bien para hacernos sentir seguros... te lo juro, mamá, no sé cómo lo lograste.

También quiero contarte que he tratado de replicar los abrazos, los cuentos antes de dormir y ese apoyo que siempre nos diste en cada paso de nuestro crecimiento. La manera en que,

Susurros a mamá

sin importar lo loca o rara que fuera la situación, siempre estabas ahí para nosotros. Pero, a pesar de eso, sé que aún estoy muy lejos de poder ser la madre maravillosa que fuiste tú. Sin embargo, tengo la esperanza de lograrlo. Trabajo cada día en decirles siempre a mis hijas lo mucho que las amo, porque cuando se es pequeña es difícil notar las señales sin palabras; una puede crecer pensando que no la quieren.

En fin, salúdame a papá. Espero que ya no peleen tanto. Hasta que nos volvamos a ver.

Con amor,

tu hija,

Maryto.

Nuestra primera brújula

Armín Jesús Arceo Durán

MÉXICO

Durango, Dgo., 10 de mayo de 2042

Mamá:

Hay cosas que nunca te dijimos porque siempre creímos que ibas a estar ahí para escucharlas después.

Hoy entendemos que «después» no siempre es una promesa infinita, sino una oportunidad que debe tomarse cuando aún tenemos voz.

Crecimos pensando que eras simplemente fuerte. No heroica, no extraordinaria, solo fuerte. La que se levantaba antes que nosotras. La que dejaba el café listo. La que sabía cuándo una de las dos estaba triste, aunque juráramos que no pasaba nada.

No sabíamos entonces que estabas cargando mucho más de lo que mostrabas.

Recuerdo una noche en particular. Teníamos miedo. No por algo concreto, sino por esa sensación que a veces tienen los niños cuando el mundo se siente demasiado grande. Bajamos descalzas a la cocina y tú estabas sentada a oscuras, mirando por la ventana.

Nos viste, pero no preguntaste nada. Solo abriste los brazos.

Nos abrazaste. Nos abrazaste como quien sostiene algo frágil pero valioso. Y entendimos algo que apenas ahora podemos

nombrar: contigo, el miedo no desaparecía, pero dejaba de ser insoportable.

Esa fue la primera vez que supimos que el amor no siempre soluciona las cosas, pero sí las hace habitables.

Hay otra imagen que no podemos olvidar. Una tarde, de esas que parecen insignificantes hasta que pasan los años. Habíamos discutido entre nosotras por algo mínimo —una palabra mal dicha, un gesto mal interpretado— y el enojo nos ardía en la garganta. Tú no levantaste la voz. No tomaste partido. Nos sentaste en la mesa y dijiste: «Aprendan a escucharse ahora, porque el mundo no siempre lo hará».

En ese momento nos pareció exagerado. Hoy entendemos que estabas enseñándonos a sostenernos entre nosotras cuando todo lo demás fallara.

Nos enseñaste a caminar sin dramatizar las caídas. A aceptar que el mundo a veces se inclina, pero no por eso deja de sostenernos. Nos enseñaste a escuchar antes de reaccionar, a respirar antes de responder, a no herir cuando estamos heridas.

Pero también algo más profundo que apenas ahora comprendemos: a confiar.

Confiar cuando no entendíamos.

Confiar cuando las respuestas tardaban.

Confiar incluso cuando tú misma guardabas silencios que no supimos interpretar.

Hoy sabemos que esos silencios no eran distancia. Eran protección.

Hay detalles pequeños que ahora brillan con otra luz. La manera en que acomodabas la manta sobre nuestros hombros, aunque juráramos que no teníamos frío. La forma en que te quedabas unos segundos más en la puerta de nuestro cuarto

antes de apagar la luz. El modo en que nos mirabas cuando hablábamos de nuestros miedos, como si estuvieras midiendo algo invisible para asegurarte de que estábamos listas.

Nunca te preguntamos si estabas cansada. Nunca te preguntamos si tú también tenías miedo. Asumimos que eras inquebrantable porque necesitábamos creerlo. Y ahora, al mirar atrás, nos duele un poco no haberte abrazado más veces sin motivo, no haberte dicho gracias en medio del caos cotidiano.

Nos diste infancia incluso cuando la vida no era sencilla. Nos diste normalidad, aunque tal vez tú no la sentías del todo. Nos diste estabilidad mientras tú sostenías incertidumbres que nunca compartiste.

Eso, mamá, no es algo pequeño.

Es el acto más grande que una madre puede hacer: permitir que sus hijas crezcan sin cargar el peso que ella misma soporta.

Hoy queremos decirte gracias por las noches en vela que fingiste no haber pasado. Gracias por los platos servidos antes que el tuyo. Gracias por defendernos incluso cuando no teníamos razón. Gracias por no rendirte cuando el cansancio se notaba en tus manos y aun así seguías adelante.

Gracias por elegirnos todos los días.

Porque eso es lo que ahora entendemos: elegiste ser nuestra madre cada mañana. No como un destino inevitable, sino como una decisión constante. Hubo días fáciles. Pero también hubo días en que lo sencillo habría sido rendirse un poco, y aun así te quedaste firme.

Y si hoy somos capaces de mirar la vida con firmeza, es porque:

Aprendimos que la fortaleza no grita.

Aprendimos que la dignidad no necesita aplausos.

Aprendimos que amar no es controlar, sino acompañar.

Quizá nunca te dijimos cuánto nos impresionaba verte mantener la calma cuando todo parecía desordenarse. Nunca te confesamos que muchas veces nos hicimos fuertes solo para no preocuparte más. Tampoco te dijimos que, aun cuando discutíamos contigo, buscábamos en el fondo tu aprobación como quien busca el norte en mitad de la niebla.

Porque eso fuiste para nosotras.

Nuestra primera brújula.

Antes de entender mapas, entendíamos tu mirada. Antes de tomar decisiones difíciles, recordábamos tu forma de respirar hondo. Antes de atrevernos a dar un paso incierto, pensábamos: «¿Qué haría mamá?»

Y casi siempre la respuesta era la misma: actuar con conciencia, no con miedo.

Si alguna vez dudaste de si estabas haciendo lo correcto, déjanos responderlo ahora: sí. Lo hiciste mejor de lo que imaginas.

Si alguna vez sentiste que no eras suficiente, míranos. Todo lo que somos tiene tu raíz. Todo lo que hemos logrado nació de tu paciencia. Todo lo que aún estamos construyendo se sostiene en la seguridad que sembraste.

No sabemos qué vendrá mañana. La vida nunca es completamente clara. Pero sabemos algo con certeza absoluta: pase lo que pase, siempre sabremos regresar al centro que nos enseñaste.

Porque cuando el mundo se inclina, recordamos tus manos firmes.

Cuando el miedo aparece, recordamos tu abrazo.

Susurros a mamá

Cuando dudamos, recordamos tu voz.

Y si algún día sentimos que perdemos el rumbo, no será porque el camino desapareció, sino porque olvidamos mirarte.

Gracias por ser hogar incluso cuando la casa parecía frágil.

Gracias por ser refugio incluso cuando estabas cansada.

Gracias por enseñarnos que el amor verdadero no hace ruido... pero nunca deja de sostener.

Hoy no solo celebramos que eres nuestra madre.

Celebramos que gracias a ti sabemos quiénes somos.

Y que, pase lo que pase, siempre sabremos volver.

Feliz Día de la Madre, Mamá.

Con amor que ya no es infantil, sino consciente, agradecido y eterno,

Tus hijas, Tus estrellas, Adhara y Alhena

Carta a Mamá

Miriam Noemí González Chávez

MÉXICO

En el santuario de mi soledad, bajo la bóveda celeste —tu morada desde hace veintiocho años— espero sin urgencia la llegada del crepúsculo vespertino. Mientras tanto, me dejo seducir por el aroma de los jazmines que trepan por el muro más alto de mi jardín multicolor. Después te escribo esta carta que sé que nunca leerás.

Mamita, demasiado fácil sería enumerar todas tus virtudes, o copiar frases trilladas de autores desconocidos, o mejor aún, escribirte esa canción tan desgastada en los festivales del diez de mayo. Sin embargo, no pasaría de ser solo un ramillete de palabras vacías. Mi amor por ti, en toda su expresión, tiene otro significado.

Te confieso que siempre admiré tu personalidad visionaria. Para mí fuiste el hada madrina de los cuentos, que con su varita mágica tocaba una idea y esa idea se transformaba en un gran proyecto. Pero, ¿sabes?, lo que más te admiro es que, siendo una mujer de pocas letras —y no porque tú lo hayas decidido así, sino porque las circunstancias de la vida no te dieron la oportunidad de avanzar en tus estudios—, eso nunca fue un obstáculo para que formaras hijos de bien: profesionistas, comprometidos con su trabajo y con la superación. Aún llevo en mi memoria, como agua viva, tu frase motivacional, la que nos repetías como si fuera un rezo: «La única herencia que les dejaré es el saber».

El viernes pasado, mientras quitaba el polvo apenas visible de los cuadros colgados con perfecta simetría en el muro de los recuerdos, miré tu fotografía. La misma que estaba entre la sala y el comedor de tu casa, la que recibía a sus hijos con una sonrisa

agradable. Esa expresión tan tuya, Mamá, me hizo recordar aquellos años de «gloria».

En vísperas de Navidad, mis hermanos —Raúl, Jesús, Armando, Carmen y René— llegaban con sus respectivas familias de todas partes: de Colima y de Manzanillo, de Guadalajara y de México. Tus cuatro hijos restantes, los que vivíamos ahí, en ese pueblo que nos acogió con beneplácito en la época en que Sergio y yo éramos unos chiquillos, los recibíamos con inmensa felicidad.

Desde el primer día, al caer el sol, el telón se subía como en el teatro Hidalgo donde mi papá actuaba, y comenzaba la guerra de chistes entre mi hermano Jesús y tú. Los espectadores rompíamos en carcajadas incontrolables al unísono, acompañadas de una que otra lágrima alegre. En el momento en que el viento fresco hacía crujir las ramas frondosas de la primavera y los cantos de los grillos entorpecían el silencio del pueblo, las risas desaparecían por arte de magia. Entonces nos acomodábamos para dormir como podíamos: unos en la sala, otros en el corredor y otros de tres o cuatro en cada recámara. ¡Pero eso sí...!, ¡nadie se quedaba sin un rinconcito!

El 24 de diciembre, previo a la cena, Armando organizaba los juegos. Primero participaban los más pequeños, luego los adultos. Para bajarnos la energía ferviente, él mismo preparaba una rica nieve de limón que compartíamos con los niños del barrio. Mientras paladeábamos la nieve, veíamos en una sábana blanca tres películas: primero, a petición del público femenino, Blanca Nieves; después, 101 dálmatas; y al final, La guerra de las galaxias. Por supuesto, no podían faltar las piñatas: mi comisión. Según yo, hacía un pino y una vela porque eran alusivos a la Navidad, por no decir que eran las piñatas menos laboriosas para mis torpes manos.

Mamá:

Bien dicen que nada es eterno... Un día, la tempestad arremetió contra ti. La enfermedad que habías enfrentado con

valentía por más de treinta años te sometía. El miedo a perderte, que durante días, meses y años había ocultado en un rincón inaccesible de mi memoria, salió a su triste realidad. Y vi el sufrimiento como mi única existencia. Corrí hacia el altar, donde oran las almas vulnerables, y le supliqué a Dios que no te llevara. Un suave murmullo salió de su imagen y me dijo: «No sufras, el alma es eterna». Y yo le respondí: «Si te la llevas ahora, ¿quién endulzará mis pesares mañana?».

Los días siguientes transcurrieron entre doctores y enfermeras, medicamentos, diálisis y, como último recurso, la hemodiálisis. Postrada tú, Mamá, en una cama de hospital, miraba cómo tu vida se vaciaba a pasos agigantados; cada minuto que corría en el reloj era un minuto menos que te tendría a mi lado. Para distraer tu dolor, a causa de la peritonitis, conversaba contigo de cualquier tema, menos de la nefasta enfermedad: la diabetes. Ladrona sigilosa que había entrado a tu cuerpo para dañar tus riñones, tus ojos y los pulmones que se llenaban de agua y que te extraían con una jeringa. Frente a tu cuadro sintomático aparentaba ser fuerte, pero el sentimiento me ganaba y corría al baño a llorar en silencio. No tenía que ser una eminencia en el arte de la adivinación para percibir que tus horas de vida estaban contadas.

Dicen que cada uno escribe en el más allá quiénes seremos en esta vida y por qué circunstancias pasaremos. Hasta en eso fuiste una mujer muy sabia: elegiste el día y el mes de tu partida en una fecha muy especial para todos tus hijos, el 15 de mayo, Día del Maestro.

Mamá, me amaste y me protegiste con tanta vehemencia que se te olvidó prepararme para la vida: enseñarme a enfrentar mis miedos, a no esconderme del mundo, a gritar cuando era necesario y a callar cuando debía callar. Esto no te lo digo como reproche, sino como una forma de agradecimiento. Porque de mis caídas aprendí que la soledad no es un vacío, sino un espacio para meditar. Con la soledad me autodescubrí y me adapté a mi

Susurros a mamá

nueva condición: disfrazar el miedo en alegría y la soledad en compañía.

Ahora, desde mi santuario miro el cielo y busco la estrella de más brillo, porque de seguro... esa... ¡eres tú!

Para el mundo solo fuiste una madre más, pero para mí ¡fuiste mi mundo! En esta vida te elegí como mi madre y te volvería a elegir en otra, y en otra, y en todas las vidas restantes.

Por siempre, mi amor por ti.

Tu hija,

Miriam.

La carta que nunca recibiste



Luz María Rubio Nájera

MÉXICO

La carta que ahora tengo frente a mis ojos me provoca un leve estremecimiento. No sé cuánto tiempo ha pasado en el fondo del viejo baúl, pero fueron años de escribirla y reescribirla: líneas cargadas de reproches por tu comportamiento, por tu trato injusto; años de cuestionarte y adivinar respuestas. Esta carta, que es como un confesionario silencioso, amarillento y rasgado por el tiempo, ha guardado mis secretos y mi dolor. Tantas respuestas suspendidas en el tiempo, tanto llanto y suspiros congestionados en mi pecho. Se ha roto en los bordes del doblez; la humedad ha hecho bien su trabajo.

En silencio recorro cada línea y mis ojos se llenan de llanto contenido. Por fin las lágrimas se han liberado y, como perlas, caen sobre el papel mientras escribo nuevamente. Al final respiro profundo y un suspiro antecede a la lectura de la carta que ahora sí escribo para ti.

Mi entrañable y amada mamá:

Ha pasado mucho tiempo, años desde que te has ido. Ahora, por fin, puedo escribirte, aun cuando no sé si donde tu alma mora exista un código postal. Pero tengo el deseo de que me escuches; sé que te hará feliz saber cuánto te quiero y que lamento no haberte dicho abiertamente el amor que siempre te profesé. Quiero que sepas que ya no habrá más reproches, que ahora comprendo tu proceder y sé que me amaste como toda madre ama a sus hijos.

Susurros a mamá

No me lo dijiste, nunca me explicaste que, desde tu concepción, una niña fuerte no necesita de mimos. No hiciste explícito lo que ahora entiendo: no querías más a los demás, les dabas más porque eran débiles. ¡Qué ironía! Yo hacía todo para gustarte y tantas veces pensé que te disgustaba.

Ahora entiendo que no era rechazo hacia mí, sino falta de aceptación de tu propia persona, de tu carácter. ¿Cómo no ibas a aceptarme, si nos parecemos tanto? Ahora sé que también a ti “te chocaba lo que te checaba”.

Mamá, siempre quise que fueras mejor, pero hasta ahora comprendo que quizá tuviste una infancia difícil y que había en tu vida situaciones emocionales no resueltas. No estuve tan cerca como me hubiera gustado; quizá hizo falta calor para derretir el hielo y que afloraran tus sentimientos.

Mamá, ya no quiero agobiarte. Solamente desearía sentir tu cálido abrazo, tener tu bendición y recibir tu perdón. Perdóname, madre mía, por no saber amarte.

Tu hija que te ama,

Luz María.

Corazón de oro

Aldo Alexis Orozco Mendoza

MÉXICO

Dedicada a mi corazón de oro, una madre con atrofia cerebral

Ayer me dijeron que te habías vuelto loca, pero eso no duele, eso no lastima, eso no arde duro, bien adentro del corazón, en el puritito pecho... a menos que quien lo dijese fuera un hijo de esa madre, uno de esos que salió de dentro de ti.

Yo me fui de tu lado cuando era chico porque no había nada que yo pudiera hacer en el rancho, porque ahí nomás se cuidan a los chivos y se revuelca uno con los puercos. Yo no quería eso; ya habían sufrido muchos antes que yo, metidos hasta las rodillas entre tanta miseria.

Pero te dejé, mi madrecita querida, te dejé cuidando a tantos hermanos míos que nacieron de tan pequeña panza, tantos que no sé por qué no te desfundaste con tanto paridero. Era la moda del tiempo, no había para dónde hacerse.

Tú no tenías otra cosa que hacer más que deberte a tus hijos, pues ya se los habías dado a mi padre, que no duró mucho en este mundo por tanto trabajo. Él se fue, qué ingrato, dejándote a ti con tanta carga, en la que los más grandes debían dejar de ser niños para cuidar a los más chiquititos. Y él no regresó ni una sola vez de quién sabe dónde para darte ánimos; solo dejó el recuerdo de sus ocurrencias bien metidas en tu mente, las que callabas, las que guardaste por tantos años, hasta que la locura te hizo recordarlas.

Quién sabe si de verdad estabas loca, o tal vez éramos nosotros a quienes ya se nos había botado la canica por tanta dura realidad que ya no eras capaz de ver.

Me fui para la capital, esperando regresar pronto, mientras que allá, en el rancho, te acababas con cada suspiro, con cada coraje que hacías con tus hijos, con cada fajazo que, con todo el dolor de tu corazón, nos pegabas y decías que te dolía más a ti que a nosotros. Con cada amedrentada, con cada mirada con la que nos aplacabas en seco por no querer tragarnos, en todos y cada uno de nuestros almuerzos, el jocoque fermentado con tortillas recién hechas que hoy, de grandes, nos comemos con mucho gusto tan solo para recordarte.

O cuando ya no quedaba comida en la cocina y descuajeringabas a los pollos de la gallina, y les dabas vueltas del cuello hasta que se morían del puro mareo antes de que se les torciera el cogote. Y lo hacías frente a la polla como si quisieras desquitarte de alguien, desquitarte de nosotros en el cuerpo de un ser desvalido. Pero de eso comíamos: las mollejas y las patas, las alas y las colas, porque las pechugas eran para tu señor marido y no para nosotros. Y aunque a mí me tocaba puro pescuezo, siempre te agradecí hasta el último pellejo, porque no había más qué comer.

Las manchitas marrones en tus manos se iban extendiendo a todo tu cuerpo y quedaste más moteada que un gato pardo a la luz de la luna. Las quemaduras dolían macizo y ya no sanaban, mucho menos de ellas manaba la sangre que se te había metido en cada rincón del cuerpo porque ya no cabía en tu pechito bondadoso, y por algún lado tenía que salir. Tu cabecita se te iba tiñendo de blanco con tanta preocupación; el implacable pasar del tiempo te iba destrozando por fuera, pero no te preocupaste, madre, por nada, porque dijiste una vez: «Lo de ajuera se puede pintar pa' no verse tan mal, se "acupaba" para hacer de lo viejo lo nuevo».

Así decías, madrecita, no se me olvida. Y yo acá nomás acordándome de ti, y me seguiré acordando, aunque ya te hayas ido, porque tu recuerdo me sirve para no morirme yo por fuera y por dentro, ahí donde no se puede uno pintar de rojo los pelos cortos para decir que las canas no se ven, ahí donde si uno se empieza a morir, ya no te curas, porque nomás vemos lo de afuera.

Yo me quería hacer licenciado, enseñar a otros, sacarlos de la ignorancia en la que estábamos sumidos en nuestro agujero de podredumbre. Pero ni aunque el lápiz pesara menos que una pala pude llenar el vacío que dejó tu ausencia. Y me fui, cubierto de reproches porque te dejé sola, y no quise quedarme a cuidar la única vaca que nos había dejado mi padre, la cual terminó muriéndose porque nadie supo qué hacer con ella.

Pero allí, en ese momento, se dejaba entrever ese monstruo que te acechaba: con la misma mano con la que me pegabas me diste la bendición, y con la misma boca con la que me ofendías me besabas. Sin embargo, en tus ojos se veía el brillo del olvido, que no llega pronto, se hace esperar.

En la cabeza atribulada de uno solo hay espacio para la tristeza de la partida, para el enojo, para las preguntas: ¿por qué has sido así conmigo si yo soy tu hijo? Y uno, por el puro coraje, no es capaz de ver que tenemos desde el día de nuestro nacimiento, bien marcado por la hoz de la muerte, el artificio por el cual hemos de morirnos. Creemos que nos será eterna la luz de la juventud con la que nuestra madre nos dio cobijo, y ahí merito estaba ya la sombra de la muerte cuando me preguntaste cuál de mis hermanos era yo.

Me fui molesto, reprochando lo mismo que me reprochaste tú, porque también tenemos derecho a enojarnos. Y llegué allá, a la capital, más corajudo todavía, porque no tenía en qué caerme muerto y no me diste más que una despedida emotiva con la que no podía comer. Solo me quedó llenarme la boca con tu nombre, mentado en cada noche fría que pasaba en peor miseria que la que había dejado atrás, donde se comía una rebanada de aire para el desayuno y un ponche de saliva al mediodía, como solía decir mi padre, para acostarse más hambreado después.

Pensé que te odiaba, porque creí falsamente que tú me odiabas a mí, que los catorrazos que me ponías en el espinazo no eran correctivos, sino una macabra tortura maquinada por un desquiciado. Creí que el abandono a mi suerte era una más de tus pruebas, como mi padre lo hubiera querido, sin pensar que me estaba haciendo hombre en tu ausencia. Ese hombre que iba a regresar para hacer hombres a los demás sin necesidad de pasar lo mismo que pasé yo. Y tú lo permitiste. Por eso te odiaba: porque permitiste que sufriera. Pero no te odiaba de verdad, era puro berrinche, puro llenarme el buche de bilis, de carnes heladas y de lechugas pasadas. No había nada qué comer, y al menos, allá te tenía a ti.

Yo era una tirlanga, me fui flaquito, y más flaco me puse de sufrir. Dolía mucho, por dentro y por fuera. Me fui, y ya no sabía si regresaría para verte. Me fui aun doliéndome todo, pues cuando en las noches, al ver el techo de la covacha en la que me resguardaba de los elementos, me empezaban a punzar los higadillos, me acordaba de que sí me querías, porque no me dejaste morir, aunque estuviera rejodido.

Y eso es lo que hacen todas las madres: aunque no quieran a uno, lo salvan por pura caridad; y cuando lo quieren, lo dejan que se haga hombre solo después de haberlo regresado a la vida. No cualquiera te salva la vida, y tú, madre, como responsable de habérmela dado, nunca permitiste que la perdiera.

Y por eso lloré, porque ayer me dijeron que estabas loca, que te sentabas y mirabas al infinito sin atender a lo que te decían. Porque las madres no envejecen: vuelven a ser niñas, y necesitan que les digan qué hacer, como una especie de mandato divino que obliga a los hijos a ser padres de sus madres, para que sepan lo que uno vivió con ellos. Me dijeron que ya no te acordabas del nombre de nadie, y que cuando todo estaba en silencio, bien calladito, decías que escuchabas ruidos en el cielo, allá arriba. Quizá los ruidos que hacía tu marido, su voz susurrante que te decía que todavía te quedaba tiempo, que todavía hacía falta para que yo llegara.

Lo primero que me dijiste al llegar fue mi nombre, el mismo que olvidaste cuando me fui. Y ahora que olvidas el de todos, recuerdas el mío, el de mi esposa, el de mi hijo, del legado que queda de ti, como mis hermanos construyeron el suyo.

Madre querida, ya llegué, y no te reprocho nada. Solo quiero que descanses lo que no has descansado durante toda la vida, porque pareciera que uno no vino a descansar nunca. No me importa ya nada de lo que hayas podido hacer en el pasado, pues, bien o mal, aquí sigo. Ya regresé, y estamos todos a tu lado, sosteniendo tus manos calientes, desgastadas, y ponemos nuestras cabezas en tu pecho para

escuchar esos latidos de aquello que te dio Dios: un corazón de oro.

Aunque no puedo con el dolor de saber que tus propios hijos dicen que estás loca, yo no te veo loca: nomás te veo cansada, brutalmente honesta. Los locos somos nosotros, que no podemos decir lo que sentimos de a de veras. Y tú ya me dices que estoy flaco y feo, cuando antes decías que estaba bien bonito, aunque no fuera cierto. Ahora les dices a mis hermanas que están gordas, cuando antes solo callabas cuando alguien lo insinuaba. Ya criticas todo lo que nunca pudiste decir cuando estabas «loca», y ahora que estás cuerda vas a poder decirle a mi padre todo cuanto te guardaste durante su vida, para que él sea quien no tenga descanso allá donde anda.

Donde aún me escuchas

Julio César Aguilar

MÉXICO

Madre querida:

Te escribo desde este lado del tiempo, donde la vida sigue con pasos que a veces no sé hacia dónde van. Dicen que los muertos se vuelven silencio, pero el tuyo no calla: vibra entre los objetos, se disuelve en la luz que cada tarde se inclina sobre mi mesa. Hay días en que siento que el aire tiene tu perfume, que el viento me toca con tus manos conocidas. No sé si es memoria, alma o deseo, pero cada latido me repite tu nombre, como un rezo que nunca termina.

Tu ausencia se parece al agua quieta: semeja calma, pero debajo guarda un temblor. Aprendí que la muerte no borra, sino que cambia la forma del amor. Ya no puedo tocarte, pero puedo pensarte. Ya no escucho tu voz, pero aún conversamos cuando cierro los ojos y el mundo se detiene. Me respondes desde dentro, con esa sabiduría tuya que no se aprendía en los libros, sino en los días del esfuerzo y de la ternura.

Hay cosas tuyas que siguen regresando sin avisar: el sonido del café al hervir, el modo en que doblabas las toallas, aquella canción que cantabas sin darte cuenta mientras cocinabas. De pronto, el universo me lanza un gesto tuyo, y entonces entiendo que la memoria no obedece al tiempo. En ese instante todo vuelve: tu sonrisa que sabía mezclar disciplina y cariño, tu manera de mirar sin juzgar, tus palabras que se quedaban flotando y me acompañaban mucho después de haberlas oído.

A veces, mamá, creo que tu muerte solo fue un cambio de casa. Que te mudaste al territorio invisible de las cosas vivas. Te imagino caminando entre los astros, cosechando silencios, preparando un jardín en el más allá. Y cuando cierro los ojos, te veo joven otra vez, con tu cabello recogido y tus manos como raíz y sol, cuidando, sosteniendo, reparando el mundo con la delicadeza que solo tú conocías.

Desde aquí intento recordar sin tristeza. Pero hay noches en que tu nombre se me quiebra entre los labios, y el llanto me sorprende como una marea que vuelve. Quiero creer que me escuchas, que sabes que sigo agradecido. Que guardo tus consejos como un amuleto: «Hazlo con amor, incluso cuando duela», «No temas al cansancio, teme solo a la indiferencia». Eran frases simples, pero debajo tenían un universo. Eran tus maneras de enseñarme que la vida no se conquista, se cuida.

Mamá, tu voz fue agua en mis días secos. Ahora es eco, pero sigue siendo alivio. Cuando el mundo se me desordena, busco tu presencia en la forma del cielo, en las orillas del recuerdo. Sé que me miras sin reclamo, con la bondad de quien entendió que la vida es dejar huella y luego dejar ir. Tú lo hiciste sin miedo, como quien se entrega a la claridad. No dijiste adiós, solo nos regalaste tu silencio más profundo. Y en él aprendí que el amor verdadero nunca se despide.

Tu muerte me enseñó a ver con los ojos que tú usabas. Me recordaste que el dolor también puede ser maestro, que las ausencias no son vacíos sino umbrales. Me dijiste —sin palabras— que la luz vuelve, aun después del último invierno. Desde entonces, cada flor que nace me parece una respuesta tuya, cada amanecer, una carta escrita en el horizonte.

Hay momentos en que te siento tan cerca que podría tocarte. Como hoy, mientras escribo. El aire se detiene, la tarde se vuelve leve, y parece que me escuchas. Quisiera contarte que sigo adelante, que intento cuidar la vida como tú me enseñaste:

con paciencia, con humildad, con esa empeñada alegría tuya que convertía cada rutina en ceremonia. Quisiera decirte que tus manos fueron mi escuela, que tus ojos siguen siendo mi brújula.

A veces, cuando me vence el cansancio, te imagino acariciando mi frente, como cuando era pequeño y creías que el tacto podía curarlo todo. Todavía duermo en busca de esa caricia. Aún creo que en algún rincón del mundo tu gesto se repite, porque hay una energía tuya que no desaparece, que sigue sosteniendo las cosas que amo.

Te agradezco, mamá, por haber sido ternura y refugio, por haber puesto orden en el caos con la simple autoridad de tu cariño. Gracias por la dignidad con que enfrentaste la vida: sin lamento, sin exceso. Gracias por haberme mostrado que vivir no es poseer, sino compartir; que el respeto se cultiva como las flores, con cuidado y paciencia. Gracias, sobre todo, por enseñarme a mirar lo pequeño: el milagro detrás del gesto cotidiano.

No hay día en que no te busque. No en las fotografías, sino en los gestos vivos. En mi manera de acercarme a los demás, en mi insistencia de mantener las promesas, en mi deseo de que el mundo tenga aún un poco de tu claridad. Te llevo conmigo como las semillas llevan oculto el árbol. Eres mi raíz, aunque ya no estés bajo los mismos cielos.

Mamá, quiero creer que esta carta te llega. Que las palabras viajan por algún hilo invisible hasta tus manos de luz. Que sonrías al leerme, quizá con ese gesto tuyo de mirar lentamente las cosas, como quien las bendice sin decirlo. Aquí, en este lado de la vida, te recuerdo sin rencor, sin pena, con el amor que no se desgasta.

Si alguna vez la distancia se disuelve —si el alma tiene caminos que la palabra ignora—, ojalá puedas escucharme decirte lo que tantas veces callé: que te amo con la gratitud de quien sabe que no hay muerte que venza el cariño, que nada se pierde del todo si fue verdadero. Y el tuyo, madre, fue verdad pura.

Susurros a mamá

Sigo escribiéndote para nombrarte, para traer tus manos al presente, para convertir tu ausencia en poema. En cada frase intentas renacer: en los silencios, en todo lo que aún late.

Gracias por quedarte, incluso en tu partida. Gracias por enseñarme el arte de continuar.

Con amor eterno,

Tu hijo.

Te extraño, mamá

Rafael Hernández Viera

PUERTO RICO

Mamá:

Sé en qué lugar estás, en el cielo... pero necesito que me escuches. Necesito decirte todo lo que se quedó guardado dentro de mí, todo lo que el tiempo no me dio oportunidad de decirte en vida, todo lo que cargué en silencio desde el día en que te fuiste. Esta carta no tiene destino de correo, pero sí tiene destino de corazón. Y sé que tú la vas a recibir.

Lo que me faltó decirte...

Nunca te dije, con todas las letras, cuánto te amaba. Lo sabías, claro que lo sabías, pero yo nunca lo decía suficiente. Me quedé corto en abrazos, me quedé corto en llamadas, me quedé corto en visitas. Siempre pensé que habría más tiempo, que mañana te lo digo, que la próxima vez llego antes. Y la próxima vez no llegó. Me faltó decirte que eras mi refugio, que cuando el mundo se ponía pesado, pensar en ti era lo que me daba fuerzas. Me faltó decirte que cada cosa buena que soy, te la debo a ti.

Lo que entendí muy tarde...

Entendí tarde que tu cansancio era amor. Que cuando llegabas agotada y aun así preguntabas cómo me había ido, eso era amor. Que cuando decías "no" y yo me enojaba, eso también era amor. Que tus silencios a veces cargaban más ternura que mil palabras. Lo entendí cuando ya no estabas para que te lo dijera, cuando ya no podía llamarte para pedirte perdón por las veces que no te escuché, por las veces que respondí mal, por las veces

que no valoré todo lo que hacías. Lo entendí demasiado tarde, mamá, y eso es algo con lo que vivo todos los días.

Lo que todavía me duele...

Duele cada cumpleaños sin tu llamada. Duelen las fiestas con tu silla vacía en la mesa. Duele cocinar algo que tú hacías y no poder preguntarte el ingrediente que me falta. Duele reírme fuerte y querer contarte el chiste. Duele cuando alguien dice “llama a tu mamá” y yo me quedo en silencio. No pude darte lo que merecías. Te vi sufrir y no pude quitarte el dolor. Te vi llorar en esa cama de hospital, con los ojos buscando algo que yo no sabía cómo darte, y me quedé paralizado. Y un día te fuiste, lejos, sin poder regresar. Y yo me quedé aquí con las manos vacías y el corazón roto.

Lo que extraño de ti...

Extraño tu voz diciéndome mi nombre, que nadie más en el mundo lo dice igual. Extraño el olor de tu cocina un domingo en la mañana. Extraño tus consejos, aunque antes no siempre los escuchaba. Extraño tus regaños, que tenían más amor que el de nadie. Extraño sentarme a tu lado sin tener que decir nada, porque contigo el silencio también era compañía. Extraño que me preguntaras si había comido, si había dormido, si estaba bien. Nadie más en el mundo me pregunta eso con esa cara, con esa voz, con esa mirada.

Gracias, mamá...

Gracias por esos abrazos que nunca se negaron, los que llegaban sin que yo los pidiera, los que aparecían justo cuando más los necesitaba. Gracias por esas caricias que aún siento en la frente cuando cierro los ojos, que son como una huella que el tiempo no puede borrar. Gracias por haberme elegido, por haberme cuidado, por haberme amado sin condición y sin medida. Fuiste lo mejor que me pasó en esta vida, mamá. Y aunque ya no estés aquí con tu cuerpo, estás en todo lo que soy, en todo lo que

Susurros a mamá

hago, en cada decisión que tomo tratando de hacerte sentir orgullosa.

Te extraño, mamá de mi vida.

Descansa en paz. Yo te llevo aquí adentro, siempre.

Con todo mi amor,

Tu hijo/a que siempre te amará.

Mi eterna rosa

Claudia Rivarelli

URUGUAY

Aunque ya no estás físicamente entre nosotros, tu esencia sigue floreciendo en cada latido, en lo más profundo de mi ser. Si tuviera que elegir una flor para compararte, sería una elegante y sublime rosa. Pero no una rosa cualquiera, sino una que nació en primavera, desafió la dureza del otoño y resistió las pruebas del invierno. Una rosa que floreció con paciencia, fortaleza y dulzura... tal como eras tú.

Tu belleza era tan profunda que se reflejaba en tu mirada serena, en el silencio comprensivo, en la forma en que te inclinabas para escuchar, en los sabios consejos que emitía tu cálida voz. Tu fragancia era sutil, pero inolvidable: ese aroma floral y dulce impregnado en tus abrazos después de un día complicado. Esa fragancia invisible pero eterna que, incluso hoy, en ciertos momentos, me envuelve y me susurra: «Estoy aquí a tu lado, no temas».

Tu tallo era fuerte, mamá. No porque no te doliera, sino porque, a pesar de las punzadas, te mantenías firme y majestuosa. Cada espina que la vida puso en tu camino —las palabras duras, los días sombríos, los desamores, los miedos que alguna vez te acecharon— no se quedó como una herida abierta, sino que la transformaste en una armadura. Eso fue lo que me enseñaste: que la verdadera fortaleza no radica solo en sentir, sino en persistir, avanzar con firmeza y enfrentar cualquier tormenta hasta alcanzar lo que uno anhela. Que las espinas no son un castigo, sino una protección para lo que más se ama. Y tú, con las tuyas, me protegiste. Nunca me dejaste caer. Fuiste quien me sostuvo, quien me levantó en los momentos difíciles.

Tus pétalos eran suaves y sutiles, como delicadas capas de amor que se desplegaban lentamente al abrirse. En cada uno de ellos se atesoraba un recuerdo: tu risa en la noche de Navidad al abrir los regalos, la frescura de tu mano en mi frente al calmar la fiebre, las visitas al Jardín Botánico, los domingos impregnados de aroma a pasta fresca, o el eco de tu voz susurrando “todo va a estar bien”, incluso cuando tú misma no lo creías. Eran capas de ternura, paciencia y entrega. No se abrían de golpe, porque en ti no había prisa. Eras la calma que se instalaba en medio de cualquier tormenta.

Y como toda rosa que ha florecido plenamente, también llegó el momento de marchitarse. Pero aquello no fue un final, mamá. En ese momento no lo entendí, era tan joven e ingenua. Sin embargo, al convertirme en mujer adulta, lo pude comprender. Fue un cambio profundo, transformador. Como la rosa que se deshoja, no pierde su esencia: se convierte en semilla, en recuerdo imborrable, en aroma que perdura. Tus pétalos cayeron, pero no desaparecieron. Se esparcieron en mí y en quienes te amaron. Ahora, en cada acto de bondad que realizo, en cada palabra de alivio que ofrezco, en cada consejo que comparto, en cada instante en que decido ser fuerte como tú lo fuiste, ahí estás tú, renaciendo entre nosotros.

A veces, cuando paso por un jardín y veo una rosa roja, me detengo. La observo, la acaricio con cuidado y, en silencio, le hablo. Le confieso: “Gracias por recordarme a ella.” Porque tú, mamá, no fuiste una flor que un día apareció en mi vida: eres aquella flor que sigue floreciendo en lo más profundo de mi alma. La que me enseñó que el amor no se mide en días, sino en estaciones. Y que la verdadera belleza no se desvanece con el tiempo, sino que se transforma. Al igual que lo hizo Cloris en Flora en el cuadro La Primavera de Botticelli.

Te extraño todos los días, pero no me hundo en la tristeza de tu ausencia. Elijo celebrarlo. Porque eres como una rosa que, aunque ya no esté físicamente en el jardín, permanece viva en mi

Susurros a mamá

corazón, en mis recuerdos y en la historia que me acompaña. En cada parte de mí.

Gracias por ser mi rosa. Mi rosa eterna.

Con todo mi amor,

Tu hija, que te lleva en cada paso, en cada respiro, en cada pétalo de su alma.

Mi superhéroe

Sebastián Benavides

ECUADOR

Escribir estas líneas es, quizás, el acto de mayor vulnerabilidad que he enfrentado. Hoy desnudo mi alma por completo, al hacer a un lado las armaduras del adulto para dejar que hable el niño interior; ese niño que aún te mira con los ojos llenos de asombro y reverencia. Hablar de un sentimiento tan puro, tan inmaculado y sagrado como el que te tengo me deja sin aliento, pero es un acto de justicia poética que te debo desde hace mucho tiempo.

Para el mundo, los superhéroes viven en las páginas de los cómics o en las pantallas de cine. Llevan capas ondeantes, poseen magia incomprensible o fuerza sobrenatural. Pero la vida me enseñó a golpes que la verdadera heroicidad no se dibuja: se vive a diario en las trincheras del amor incondicional. Para mí, un superhéroe es aquel que, con las manos temblando de miedo, se levanta cada mañana dispuesto a entregar su propia vida por los que ama.

Siempre te he admirado con una devoción profunda por la inmensa valentía que tuviste al decidir cuidarme sola. Eras apenas una niña cuando el destino te exigió ser mujer y madre. En lugar de huir, te forjaste una armadura de coraje. Te plantaste firme y decidida frente a las tormentas de una familia disfuncional, al navegar en un mar de adversidades donde muchos se habrían hundido. A ti te tocó madurar a una velocidad cruel, despidiéndote de tu propia juventud para asegurarte de que yo tuviera un futuro.

Me sacaste adelante con una fuerza que aún hoy no logro comprender del todo, pero que agradezco con cada latido de mi corazón.

El superpoder de la paciencia infinita

Sé que no fue un camino fácil. Verme crecer debió ser una prueba constante a tu resistencia. Fui un chico complejo, un laberinto lleno de problemas, inseguridades y prejuicios que muchas veces actuó con rebeldía. Me desvié del camino correcto no una, sino incontables veces. Sé que te decepcioné en momentos en los que esperabas lo mejor de mí.

Cualquier otra persona habría renunciado. Pero tú utilizaste el superpoder más grande y transformador que existe: el amor forjado en paciencia. Con ese amor me fuiste marcando la ruta de regreso a casa, enseñándome con el ejemplo lo que significa la verdadera lealtad. Incluso cuando crecí y me convertí en adulto, tus ojos nunca dejaron de velar por mis pasos.

Luego llegó la verdadera oscuridad. Una nube densa, negra y asfixiante cegó por completo mi camino. Un demonio frío y aterrador destruyó mi fe, secuestró mi voluntad y comenzó a arrastrar mi cuerpo y mi alma hacia lo más profundo del infierno. Me perdía de manera irremediable en un abismo del que yo mismo no quería salir.

Pero ahí, en la hora más oscura de mi existencia, te erigiste como un titán. No me diste por perdido. Te tomaste de la mano de Dios y bajaste a las llamas de mi propio infierno personal para pelear por mí.

Luchaste hasta el cansancio, hasta quebrar tus propias fuerzas, soportando heridas en el alma solo para sacarme del fondo. Tu amor fue la cuerda que me devolvió a la luz.

Mi más profundo arrepentimiento y gratitud.

Susurros a mamá

Hoy, que veo la vida a través de los ojos de mis propios hijos, logro dimensionar la inmensidad de tu sacrificio. Entiendo el terror de imaginar que algo le pase a lo que más amas. Por eso, con el corazón en la mano, te pido perdón. Perdón por tantas noches en las que te robé la paz, por dejarte sin dormir, con la mirada clavada en la puerta esperando mi regreso. Perdón por cada lágrima que te hice derramar y por todas las veces que, en mi egoísmo, te di la espalda.

Pero por encima del perdón, esta carta es un monumento a mi gratitud. Te agradezco por haber sido mi único refugio seguro en los días más grises. Gracias por ser mi roca inquebrantable cuando la tormenta amenazaba con destruirlo todo. Gracias por enseñarme, con el sudor de tu frente y el calor de tu abrazo, que no existe fuerza en este mundo, ni en ningún otro, más poderosa que el amor de una madre.

Querida mamá

María Balbina López Caballero

ESPAÑA

Te escribo esta carta con el anhelo de volcar mi alma y cobijarte con ella. A veces las palabras resultan insuficientes ante la magnitud de lo que siento por ti, pero deseo que cada frase te abrace con la misma calidez y entereza con la que tú me has sostenido desde el primer segundo. Eres, sin duda, el eje de mi historia y el cimiento de todo lo que he construido.

Cuando cierro los ojos y pienso en ti, mi corazón se inunda de imágenes que son mi mayor tesoro: tus manos siempre activas, tu risa capaz de llenar cada rincón de nuestra casa y esa energía inagotable que parece desafiar al cansancio. Eres un inmenso regalo para quienes tenemos la fortuna de rodearte.

Desde muy pequeña me fascinaba observar tu naturaleza inquieta; te veía ir de un lado a otro, pendiente de los demás, y aún hoy me pregunto de dónde sacas tanta fuerza, porque parece que tus días poseen más horas que los del resto. Lo más admirable es que, en medio de ese torbellino de responsabilidades, siempre hallas el momento exacto para regalarnos un gesto de cariño que nos hace sentir únicos.

Tu presencia es cálida y reconfortante, como el aroma de las flores del campo o el refugio del hogar: un espacio invisible donde las penas se atenúan y el dolor se apacigua. Eres el lugar al que siempre se puede retornar cuando la vida se pone difícil.

Guardo con nitidez los momentos de mi infancia y ahora comprendo que, en aquellos días, ya esculpías a la mujer en la que me he convertido. Tengo muy presente cómo disipabas mi

temor cuando el miedo me detenía; me dabas la certeza de que podía lograrlo con una convicción tan profunda que terminaba por habitar mi propia alma. Esos sutiles legados de confianza han sido la brújula en mis horas de oscuridad.

Nunca olvidaré las noches en las que el cansancio parecía no existir para ti, cuando me acompañabas a las actuaciones sin importar la madrugada, el frío o el rigor del calor. Jamás brotó una queja de tus labios ni vi un mal gesto; permanecías allí, en primera fila, como si mis sueños también fueran los tuyos, para darme seguridad. Hoy entiendo que ese silencio no era falta de cansancio, sino la expresión más pura del amor: un escudo invisible que nos resguardaba de tus preocupaciones para que nosotros pudiéramos brillar.

Esa misma entrega fue el faro que iluminó mi vocación por la escritura. Si bien el camino de las letras suele ser solitario, tú lo hiciste llevadero. Atesoro las horas compartidas en las que escuchabas mis relatos con atención, pues dabas importancia a cada palabra, a cada pausa y a cada emoción. Fue entonces cuando comprendí tu apoyo en toda su plenitud: sentías conmigo, vibrabas con mis historias y me dabas la fuerza que a veces me faltaba. Me enseñaste que el arte, si no se comparte con quien se ama, pierde su esencia.

Te he visto enfrentar la vida con entereza. Has pasado por situaciones complicadas, pero nunca permitiste que la adversidad marchitara tu luz; al contrario, como el ave Fénix, resurgías con voluntad renovada. Tu resiliencia silenciosa es la columna que sostiene a toda la familia.

Tu forma de amar se percibe en los detalles: en el aroma de la comida recién hecha, en ese café compartido, en el mensaje de ánimo justo a tiempo y en esa mirada que lo entiende todo sin necesidad de hablar. Me has enseñado a encontrar la belleza en lo sencillo y a comprender que la verdadera felicidad no está en las grandes posesiones.

Susurros a mamá

Lo más increíble de este vínculo es cómo se transforma con el tiempo, porque hoy, cuando me enfrento a mis propios retos, me descubro que repito tus gestos y uso tus expresiones. Entonces sonrío al darme cuenta de que te llevo grabada en cada decisión y en cada paso. Jamás camino en soledad.

Hay algo que quiero que guardes en lo más profundo de tu ser: todo lo bueno que hay en mí es un reflejo de tu virtud. Has marcado mi identidad de una manera indeleble; si lucho por lo que quiero es porque te vi batallar primero, y si mi corazón es compasivo es porque creció al amparo de tu ternura.

A veces la vorágine del día a día nos priva de las palabras esenciales; los afectos se disuelven entre la prisa y el deber. Por ello, hoy quiero decirte que todo lo que haces tiene un valor incalculable, porque eres el motor de mis recuerdos más felices y la inspiración de las historias que aún me quedan por escribir.

Ojalá pudiera detener el tiempo y perpetuarme en esos instantes de paz donde tu presencia lo es todo; ante la imposibilidad, mi compromiso es devolverte, aunque sea en una mínima fracción, todo lo que tú me has dado. Quiero que sepas que, así como tú has sido mi apoyo incondicional, yo seré el tuyo.

Eres una mujer que irradia luz propia, una mezcla perfecta de fuerza y dulzura, de lucha y alegría. Gracias por ser esa mujer con esencia floral y sonrisa eterna, capaz de disipar cualquier rincón oscuro.

Te quiero más de lo que estas palabras pueden expresar. Espero que, al recorrer estas líneas, sientas el orgullo inmenso que me embarga al decir que soy tu hija.

Con todo mi amor, mi gratitud y mi alma entera.

Tu hija,

María Balbina.



Miguel Ángel Amaya Ventura

MÉXICO

Apenas un soplo, el único destello del zapoteco que mi lengua, torpe, aceptó rescatar del olvido. Pocas letras que en su brevedad sostienen el peso de un mundo entero: el mío. Fuiste más que el cauce de mi origen; te erigiste como la última guardiana de una estirpe de oro, una reliquia latente de esa raza zapoteca de sol que custodia en sus venas la memoria de épocas gloriosas.

No solo me otorgaste el aliento, Ñaa. Cuando niño me tomaste de la mano para iniciarme en los misterios de un reino de polvo y magia que el asfalto de la ciudad, en su ceguera, osaba despreciar. Allí, donde otros solo creían ver las cicatrices del atraso, mis ojos infantiles descubrieron un paraíso clandestino. Mientras el mundo pasaba de largo frente al pueblo de San Pablo Huixtepec, yo me embriagaba con su pulso silvestre. Me cautivaba esa polifonía rural: el incesante gorgoteo de los guajolotes, el balido quebrado de las ovejas y el vuelo señorial de gavilanes y águilas que, como trazos de tinta, surcaban el cristalino cielo de la sierra.

Luego vinieron los aromas: esa exhalación de la tierra mojada que anuncia el rito de la vida, así como el de las flores, los cultivos y hierbas silvestres que saturaban mi olfato como si yo mismo estuviera integrado a los brotes del suelo. Y también los sabores de la comida que eran, en realidad, actos de amor. Allá mi boca descubrió la liturgia del chocolate, el crujir de la tlayuda y la generosidad del queso, manjares que fueron el lenguaje de una familia que apenas comenzaba a reconocer como mía y me aceptó sin condiciones. En esa, tu tierra, aprendí que la verdadera nobleza no se viste de seda, sino que se ofrece con manos

curtidas en casas de adobe y carrizo, entregando el alma en palabras francas, acompañadas de la sencillez de un taco que sabía a gloria y se servía con una hermandad sin dobleces.

Déjame contarte, Ñaa, que cuando recorrí aquellos senderos rústicos de tu origen, que lavaban mi espíritu, te imaginaba niña. Veía tus pies descalzos y agrietados por el rigor del sol, persiguiendo acaso un juego con tus hermanos, o huyendo de la sombra de la ausencia, pues sus padres partieron cuando el alba de su vida apenas despuntaba. Varias veces me pareció ver tu silueta menuda en esos lares polvorientos: Hilaria, «La Chatita», la niña que tuvo que ser cimiento antes que columna, madre antes que mujer.

Porque la caligrafía del destino fue cruel contigo Ñaa. Antes de que tus quince años florecieran, la necesidad y las tradiciones indescifrables te entregaron a los brazos de un hombre casi extraño, nuestro padre. Tu infancia fue un suspiro sin escuela ni muñecas; tus primeros juguetes fueron seres de carne y hueso que reclamaban de ti el cuidado que tú misma necesitabas.

Sé que tu senda juvenil fue un camino de piedras afiladas. Alumbraste once luceros, pero viste cómo dos se apagaban en el firmamento de tu regazo. Te bebiste el duelo en un silencio sagrado, envolviéndote en él para que el resto de nosotros no sintiéramos el frío de la muerte. Fueron tiempos muy duros, pero tú te convertiste en roca incommovible, en el faro sereno que trazaba el rumbo mientras las tormentas se estrellaban contra tu pecho. Siempre te admiré, y no sé si la gratitud de mis labios fue suficiente mientras caminabas a mi lado, pero espero que en cada abrazo y en cada beso hayas leído la devoción que te profesé.

Hoy dicen que reposas en una urna, contenida en el silencio de las cenizas. Se equivocan. Tú no te has marchado. Vives en la química de mis células, en la danza de los átomos que germinaron en tu vientre y me dieron forma. Cada mañana, una partícula de tu ser despierta todavía en mis ojos para contemplar el milagro de

Susurros a mamá

existir, y en mi corazón circula tu sangre para repetir en cada latido mi gratitud por haber sido tu descendiente.

Mi más elevado propósito es honrar tu memoria, Ñaa; replicando la bondad que fue tu estandarte a cada paso que diste. Y cuando el tiempo decida reintegrarme al polvo nos reencontraremos. Entonces, buscaré de nuevo tu voz para que me enseñes todas aquellas palabras zapotecas que antes callé, y así, con la fuerza de quien regresa a casa, te diré al oído: «Nadxiee' lii» (Zapoteco: Te quiero).

Mima

Maritza Pérez Martell

CUBA

Siempre pienso en todo lo que quedó por decir entre nosotras y, a veces, sufro por no haberte preguntado más sobre tu vida.

Sin embargo, después pienso que tú estás aquí, que no te has ido, y puedo seguir indagando sobre ti. Lo más hermoso es que me respondes con esas palabras dichas por ti en mis madrugadas de insomnio.

Recuerdo que, cuando te vi ya casi agonizando y sufriendo, te dije al oído: «ríndete, mima, no sufras más, descansa ya, mi hermosa viejita». Creo que me oías. ¿Me entendiste lo que te quise decir? Me lo pregunto una y otra vez. Espero que sí, que hayas sentido el amor tan profundo que siento por ti y lo afortunada que me hiciste al vivir a mi lado cien años.

Te pido disculpas si alguna vez me porté mal, si no te entendí en alguna oportunidad, como aquella vez en que me alertaste sobre la infidelidad de mi esposo y me molesté por saberlo. Cuánta razón tenías, pero yo amaba, y en nombre del amor uno comete muchos errores.

Creo que lo entendías todo. ¿Es cierto que supiste que yo tenía cáncer y no dijiste nada, pero solo te fuiste cuando ya estaba curada?

Y, sobre todo, no te arrepentías de tu vida, a pesar de que no fue una existencia fácil. No estudiaste como hubieras querido. Fuiste una niña de campo con muchos hermanos y un padre que te sacó temprano del aula. Tu aprendizaje fue la propia vida.

Te alejaste de tu primer gran amor por dejarte llevar por los comentarios que los separaron. Y así tu vida cambió. Lo que iba a ser una visita a la ciudad para desintoxicarte del dolor se convirtió en un vuelco absoluto: trabajaste como doméstica y conociste a mi padre, quien se aferró a ti como si fueras su única oportunidad de formar una familia y tener compañía hasta el fin de sus días. Y así fue. Su gran amor de juventud estuvo presente en muchas de nuestras conversaciones.

Eras una roca. Ahora que lo pienso bien, eras un peñasco frente a las adversidades; nada te pudo doblegar, aunque no lo pareciera. Y eras también una delicada flor silvestre. Pasabas largas horas en silencio. Me pregunto ahora en qué pensabas.

Por momentos te iluminabas toda; salían de ti luces y destellos que alumbraban todo a tu alrededor. Tu refranero era interminable. Sin lugar a dudas, eras una mujer luminosa que guardaba en su memoria todo un catálogo de refranes. A mi mente vienen continuamente tus sentencias y ocurrencias inigualables. Salen de mis labios las frases que decías; es como si fueras tú la que hablara y no yo. Me acompañas a través de tus palabras, tus graciosas salidas de guajira inteligente y suspicaz.

¿Cómo pudiste soportar tanto dolor en tu vida? Ya casada, perdiste a tus padres; estabas lejos en esos momentos, con los hijos pequeños. Golpes como la pérdida de un hijo —un bebé de seis meses— fueron un mazazo terrible. Un dolor del que no te recuperaste jamás, profundo, como el de una madre que pierde una de sus venas más íntimas. Cuando yo supe que no podía ser madre, creo que no dijiste nada; solo me miraste con dolor e impotencia.

Por suerte no estabas aquí cuando tu hijo menor enfermó y falleció, pero sabes que yo le cuidé hasta el fin de sus días.

Ver tus fotos en mi ordenador es tan agradable como un paseo matutino; son un festín de colores. Siempre tienes una faz tranquila, calmada y triste a la vez, esa mezcla de fuerza y

flexibilidad cuando una sonrisa te ilumina el rostro. Las personas que te querían, que eran muchas, reían a carcajadas con lo que decías; sin embargo, jamás te oí una carcajada. Tú las provocabas, pero solo sonreías bellamente.

Los años que pasaron desde que mi padre se fue hasta que tú partiste fueron años de encuentros afortunados, reencuentros y de la llegada de la felicidad a tu vida, peldaño a peldaño. No lo dijiste, pero era así, ¿verdad?

¿Te acuerdas de que solo tú tuviste una narración detallada de mis cuitas amorosas? No me juzgaste; solo me escuchaste. Te narré mis tropiezos, sorpresas, sufrimientos y alegrías, te asombraste y me diste tu opinión. Fue mi confesión más íntima, puesta frente a tus ojos con total transparencia, como para limpiarla de cualquier confusión. Te lo agradezco mucho.

Fuiste una mujer-luz que no pudo brillar en medio de la violencia, el alcoholismo y la incomprensión. Hiciste lo que consideraste conveniente para criar a tus hijos. Imagino que te preguntabas si con aquel hombre hubieras sido feliz. Yo también me lo pregunto hoy.

Pero no es tarde para homenajear al amor y a las personas que amamos. Por eso quiero rendirte homenaje cada segundo que me quede de vida. Quiero bordar tu sonrisa, tus manos, tu voz como fuego en mis dedos. Te debo tantas palabras, tantos poemas, tantos cuentos que creo no terminaré de escribir sobre ti nunca.

De esa forma me acompañarás en mis soledades de estos días, en mis batallas con la enfermedad, en mis amores de hoy, que te cuento en susurros por las noches.

Te quiero mucho, mima. Hasta pronto, hasta la próxima letra que inspires.

Yo, tu hija mayor, Maritza.

La carta sin destinatario



Karla María Barillas Paiz

GUATEMALA

Ante todo, no sé cómo comenzar esta carta...
Más aún porque no está escrita para nadie más que para mí. Quizá algún día llegue el momento de mostrarla.

Todo comenzó en el cielo. Dios decidió enviarme a conquistar una vida terrenal, sin saber los desafíos que implicaría para mí vivirla.

Mis primeros instantes fueron reconocer a mis padres. No sabía en qué lugar empezaba a latir este corazoncito.

Imagino la ilusión de ustedes, mis padres, al ver una niña; a ti, madre, al sentir a tu criatura en tus brazos.

Te agradezco porque mis primeros dos años de vida fueron mimos y cariño mutuo. Mi palpitar era descubrir la vida, hasta que todo comenzó a cambiar.

Ahí empezaste a notar mis pequeñas dificultades. Yo aún no era consciente de lo que iba a afrontar en este paso por la vida.

Sin lugar a dudas, comenzó un peregrinaje en un mundo de doctores y terapias. Te agradezco, madre, por tocar cada puerta en esos años.

Mientras la niñez se ocupaba de reparar en las cosas del mundo, yo estaba allí, viviéndola. Tal vez por comprender lo que sucedía, la niña en mí comenzó a madurar antes que cualquier criatura de su edad.

¡Ay, corazón mío! ¡Cuántos retumbos has dado entre mis angustias y rebeldías, sin pedir tregua!

Quisiera alzar la voz al cielo, no para reclamar —pues ya pasó el tiempo de la ira—, sino para dar gracias por aquella fuerza que aún me sostiene.

También agradezco a ella, mi madre, lo que he conseguido y la capacidad de esquivar obstáculos y salir adelante.

Recuerdo regresar de la escuela cargando libros y cuadernos, almorzar con ustedes, mi familia, y ayudarte, madre, a recoger la mesa.

Luego me encaminaba a mi dormitorio, me sentaba frente al escritorio y continuaba con mis estudios. Terminaba a las ocho de la noche, o cuando el sueño me vencía.

Un nuevo día, otra jornada en la escuela. Mientras mis compañeros asistían a la clase de inglés, yo acompañaba a la maestra al salón de profesores, poniéndome al día.

Al escribir esto, madre, lo vuelvo a percibir. Me da ternura esa niña que fui y que, en cierto sentido, aún soy.

Por esa disciplina fui buena estudiante, aunque no tenía amistades. Solo compañeros, pero los niños suelen ser crueles con quien es diferente. Esa diferencia se transmitía también en casa.

Yo, Karla María, un día en la casa de mis abuelos, pasé por el corredor y escuché a algunos familiares expresar su inquietud: creían que mi presencia podría ser un inconveniente.

No dije nada. Esa noche, en mi habitación, lloré.

Ya no recibía terapias, pero entendí mis límites vocales. Utilicé otra vez mi rebeldía, como tú la llamabas. Me agoté. Algunas letras nunca sonaron como en los demás. Tú me decías que sí, que lo intentara otra vez. Pero no me salía.

Sin embargo, aprendí a defenderme en la comunicación. Y mucho antes, caminé gracias a tu insistencia.

Las dos cosas son verdad: tu insistencia me levantó del suelo cuando era niña, y esa misma insistencia me pesa a veces.

Eso duele distinto, porque viene del amor. Pero, madre, he querido explicarte que hay batallas que ya no se pelean.

A pesar de todo, terminé mi etapa escolar con el seminario. Pronuncié unas pocas palabras en español porque me animaron, aunque no quería. Una compañera comentó que sus tíos se sorprendieron de que el colegio hubiera dado palabras en inglés. Se referían a mí. Guardé silencio y respondí con una sonrisa cordial, mientras por dentro la emoción se desdibujaba.

Lo entendí, lo callé, pero me dolió.

Luego comencé la carrera universitaria, a pesar de mi miedo. Elegí Administración de Empresas, afín a la hotelería, un campo que me interesó desde el inicio.

Las autoridades objetaron mi decisión, aunque un hotel ofrece múltiples áreas en las que podría desarrollarme. Comprendí que la duda no recaía en la carrera, sino en mi capacidad.

Administración de Empresas resultó ser una buena elección. La disfruté y nunca la vi como un reemplazo, sino como otra forma de administrar.

Mi vida universitaria, madre, no te la imaginas. En la escuela estaban los niños y la sociedad; en la carrera, los compañeros me aceptaron. El problema fueron algunos catedráticos.

Tú encima de mí, tomabas decisiones como si aún fuera la bebé que nací. Yo defendiéndome. Eso que llamas rebeldía.

Madre, te agradezco. Por ti he evolucionado y me ayudaste en la gran batalla de otra parte de mi vida: mi tumor. Treinta y nueve años después descubrimos el origen de mis dificultades: mi cerebelo no se desarrolló.

La cirugía era de riesgo. Podía perder el lenguaje o no volver a caminar. Solo me pregunté:

¿Volver a empezar de nuevo?

Para entonces ya había partido mi padre, que me trataba con más normalidad. Éramos compañeros. Pero como siempre, la decisión fue tuya. Esta vez era mi vida la que estaba en riesgo.

Hablé con Dios: mi padre ya está en el cielo, entonces no tengo miedo de irme.

Madre, salí de la cirugía después de siete horas en quirófano. El doctor me dijo que se complicó, que estuve en riesgo, pero aquí estoy. Con bastante medicina de por vida, porque no pudieron quitar todo.

Tomé la decisión de perseguir mis sueños y ahora trato de ser escritora. No sé si me irá bien, pero déjame intentar.

Te ruego también algo de libertad. Ya sé lo malo y lo bueno. Soy una mujer fuerte.

La gente muere cuando no se le recuerda

Jorge Gallo García

MÉXICO

Dicen que la gente muere cuando se olvida, y en mi caso, mamá, así es. Aunque parezca una simple ilusión, aún siento tu presencia en la casa. A veces, un extraño olor a medicinas —tus medicamentos— flota en el ambiente; pero ¿sabes?, no me da miedo, porque sé que estás conmigo, que no me dejas a la deriva, que permaneces aquí para aconsejarme y ayudarme a que todo salga lo mejor posible.

En ocasiones, a lo lejos —y no sé de dónde provenga— alguien pone la misma música que tú escuchabas. Entonces, inevitablemente, me deslizo por un tobogán hacia mis años adolescentes, cuando no dejabas de repetirme:

«Fíjate que tu camisa no tenga arrugas», «¿ya te lavaste los dientes?», «¡esa tarea aún no está terminada!».

No te miento... ¡qué mal me caías! Entre dientes refunfuñaba, y en mi mente pasaban cientos de imágenes con tal de no escucharte. Pero ese era el secreto: para no oírte, hacía las cosas. Ya fuera barrer la sala, lavar el patio, fregar los trastos o tender la cama. Hoy entiendo que gracias a tu mano firme adquirí disciplina y cierto orden en mi vida.

Nunca pude engañarte —ni lo podré hacer— porque siempre lo sentenciabas: «a todos los demás podrás engañar... menos a tu madre. Naciste de mí, ¿quién te podrá conocer mejor que yo?».

A veces tu recuerdo me deprime, y ese tobogán de memorias me lleva de golpe al hospital, donde te vi físicamente por última vez. Se fijan en mi mente los pasillos largos, fríos, interminables, pintados de un tono crema y alumbrados por la parpadeante luz de las lámparas de neón. Hombres y mujeres vestidos de blanco caminaban como autómatas para anunciarnos que el final había llegado.

Pero nuevamente tus palabras fueron mi tabla de salvación. Porque cuando alguien se va, su recuerdo se vuelve vida y energía. Se llora a los muertos, a la materia inerte, a una lápida de granito con un nombre grabado; pero cuando se recuerda, se mantiene vigente, viva, en una palabra.

Me atrevo a decir que algo de tu personalidad se apodera de mí. De la misma forma en que me atosigabas con órdenes disfrazadas de consejos, ahora yo hago lo mismo con mis hijos. Son ellos quienes deben escucharme repetir lo que tú me decías: «¡no puedes salir con los zapatos sucios!», «¡no escuches los audífonos con tanto volumen, te vas a quedar sordo!». Ay, mamá... pensar en estas cosas me hace reír, porque ahora soy yo el necio y el intransigente. No sería raro que ellos también quisieran verme amarrado en el fondo de un foso.

Donde estés, sabes que a veces hablo solo — seguramente los vecinos piensan que me falta un tornillo—, pero en realidad estoy platicando contigo. No espero que suceda algo sobrenatural ni que tu voz suene desde el más allá, pero tu presencia sigue aquí: en la casa, en el trabajo, en cada momento en que necesito apoyo y una voz de autoridad.

La vida pasa, y como dice la sabiduría popular, «siempre es la misma historia, solo cambian los actores». Fui un niño que dependía de ti para todo; me cuidaste, me formaste. Luego crecí, me hice fuerte e independiente, mientras tú envejecías, perdías la vista y las fuerzas. Hasta que los papeles se invirtieron: yo

bajaba por agua para llevártela de madrugada, cerraba las chapas de la puerta, apagaba las luces, te recordaba tus medicinas. Hasta que tu salud menguó y los doctores nos hablaron de «enfermedades crónico-degenerativas». Con ellas viviste un par de años más, hasta que te fuiste físicamente, pero dejaste tu recuerdo entre nosotros.

Sé que pasaré por lo mismo. Los mismos médicos que te dieron malas noticias me las darán a mí: que si la próstata inflamada, que si el azúcar en la sangre, que si la presión alta... Y sé que la historia se repetirá: necesitare ayuda para subir escaleras, cargar una cubeta de agua o leer las letras pequeñas que mis ojos ya no alcancen.

Espero haber sembrado el amor, la paciencia y la gratitud que tú supiste sembrar en tus hijos y que ahora intento sembrar en los míos. Y llegado el momento de partir, deseo no hacerlo solo, sino rodeado de la familia que me enseñaste a formar.

Y sabes, mamá, ese enorme y último paso —que no me urge ni lo espero— no me da miedo. Porque sé que me estarás esperando, y que con el mismo amor y dedicación con que me guiaste en vida, también lo harás en la muerte.

Demasiado tarde

Agar Covarrubias

MÉXICO

Hoy entendí que el silencio también tiene voz. Han pasado cinco años desde tu partida y las paredes aún guardan tus huellas: la forma de tus dedos pintados, donde te detenías por tu ceguera. Todavía te busco en la cocina, cuando preparabas el café y platicábamos mientras se acercaba la hora de irme al trabajo. También escucho aquella voz que me decía: «Ya duérmete, Sarita, ya es tarde».

Tu bendición nunca me faltó, aunque fuera por teléfono cuando salía de la ciudad. De hecho, antes de abrir la puerta cada día me detengo un segundo, como cuando me despedías, e imagino escucharte en mi cabeza. Entonces rueda una lágrima en mi rostro y aparece una corta sonrisa, al recordar tu alegría y el optimismo que tanto admiraba y nunca te lo dije. Pensé que habría tiempo para despedirme, pero solo volviste de tu agonía para reír, bailar y tomar un poco de whisky, para decirnos adiós para siempre.

Ahora discuto sola, pero no te reclamo nada: te pido perdón. Nunca me preocupé por tu dolor; al contrario, te hice sufrir más con comentarios fuera de lugar contra mis hermanos. No tomé en cuenta lo que viviste de niña ni los pocos recursos que tenías para defenderte de la vida. No fui comprensiva ni humana al ignorar la violencia y hostilidad que sufriste de mi abuelo.

Siempre fuiste una mujer fuerte y trabajadora, lo demostraste hasta que tus enfermedades te consumieron y dependías de nosotros. Se veía lejano estar en tu misma posición, y ahora soy yo quien se encuentra sin visitas,

sedentaria y con dificultad para caminar. Al principio lo vi como karma, pero al instruirme más comprendí que vivo un dolor heredado: el de mi abuela y el tuyo, que me dejaste. Trabajo en ello para que mis hijos tengan menos cargas.

Tu calidad de vida cambió a los sesenta y cinco años, pero tu esperanza por vivir era inmensa. El ánimo ni se diga: alentabas a toda la familia sin importar tu condición física o emocional. En verdad fuiste un ejemplo auténtico e intangible en mi vida. Por ti soy resiliente, aunque me costó volver a sonreír, lo logré.

Sabes, ahora soy voluntaria en una fundación de niños con trastornos neurodivergentes. Según yo, ya no tenía paciencia para niños, pero al estudiar psicología humanista me volví más empática, sobre todo con quienes no tienen las mismas capacidades que otros. También te cuento que Bladimir se casó; Adonis enderezó su camino y es feliz con Mariana; Gadiel aún estudia mercadotecnia y planea casarse al terminar, sueña con tener una niña. Brando aún no piensa en casarse, quizá a los treinta y cinco, pero ya tiene novia: una muchacha sencilla e inteligente, maestra de primaria, que lo ama. Tú decías que él era el amor de tu vida, quizá por ser el primer nieto. A Santiago lo amabas mucho también, por ser el pequeño, y quien vivió con nosotras su infancia y adolescencia tras mi divorcio. Adonis te recuerda y te llora desde ese gran corazón que tiene. Todos te tenemos siempre en nuestra memoria.

Esta carta la escribo no para que vuelvas de la paz donde estás, sino para dejarte ir sin soltarte. No quiero que me consuma el remordimiento y la culpa. Mi terapeuta dice que lo deje atrás, que ya moriste y no debo sumar esto a mi sufrimiento, que termine mi lealtad contigo y dé vuelta a la página. Pero es fácil decirlo: para mí es complicado y cruel pensarlo. Es como olvidar de golpe a la persona que me dio la existencia, y eso es imposible.

Cada día te manifiestas: cuando huelo café, o por las noches antes de dormir, al desconectar los objetos de luz y apagar los focos. Tú, desde tu cama, me gritabas varias veces que no se me olvidara, y hasta hoy no se me olvida.

¿Cómo no recordarte? Si quisiera verte unos segundos para decirte que te quería mucho, aunque nunca lo escuché de tus labios hacia mí. Quisiera abrazarte, aunque no sentí el calor de tus brazos cuando decidiste dejarnos de pequeños con los abuelos. Al verte dar tu último suspiro, te abracé y te dije que te amaba. Quizá me escuchaste, quizá no, pero ansío decírtelo con más conciencia y sin reproches.

Quisiera tenerte de regreso unos momentos para abrazarte y besarte en todos tus cumpleaños, en los días de la madre, en Navidad, como no lo hice. Para admirarte por cada virtud que te hacía diferente, para recordar nuestros viajes donde me presumías por ser buena para manejar y valiente, sin saber que esas cualidades me las diste tú.

El miedo lo sigo procesando para bien, sea por tu linaje o por mi inseguridad. Ahora te reconozco, te honro y te amo desde este corazón que se empobreció cuando te marchaste. Antes, sin darme cuenta, era millonaria: tenía una mamá incondicional que daba su vida por la mía, mi persona favorita, la imagen del honor y la decencia. Todo lo que una hija quisiera tener para valorar y conservar.

Hoy quisiera una oportunidad de rehacer mis acciones contigo, mamá. Que me des la reconciliación con la ayuda de Dios, la indulgencia del perdón para el día en que nos reunamos, y empezar a amarte un día a la vez, sin soltarte nunca más.

La buena madre

Rosaura Béjar Hernández

MÉXICO

Hoy Parí a mi hija a los veinticinco años. Nació por cesárea; venía con presentación de cara, le urgía ver el mundo. Durante varios días solo pude verla a través de un cristal. Tenía un llanto fuerte que despertaba el coro de los demás infantes.

Al cuarto día me la entregaron. Me sentí feliz: la tomé entre mis brazos, tan pequeña, frágil e indefensa. Me fui a casa con un nudo en la garganta y el corazón vibrando de emoción.

La inexperiencia tocó mi alma. Su llanto agudo me taladraba los sentidos. Mis pechos chorreaban leche; arrimaba su boquita a mi pezón e intentaba que lo agarrara. Ella, como un pajarito, buscaba saciar el hambre. No podía mamar; la leche se escurría por su pequeña boca y el llanto no cesaba. La herida me mantenía rígida como una tabla. Intento tras intento, la bata estaba empapada desde el pecho hasta las piernas. La leche aún salía, pero la bebé no lograba tomar el pezón.

La noche se hizo eterna. Exprimí mis senos en un vaso y vertí la leche en un biberón. Lo llevé a su boquita: dos chupadas y el llanto seguía igual que la leche. Al mediodía, por fin agarró la chiche y el llanto amainó.

Tocaba cambio de pañal: estaba mojada de pies a cabeza. Le cambié toda la ropa, la mantuve caliente dentro de mi bata. El polvo perfumado del talco cubrió su pequeño cuerpo.

Tras unos minutos de silencio, me acurrugué junto a ella para mantenerla caliente. No fue suficiente: abrí mi bata y la coloqué sobre mi pecho. Solo así logré calmarla. Puse varias

almohadas en mi espalda y me rodeé de otras tantas para que mi cuerpo no hiciera fuerza y la herida de la cesárea no se abriera.

Pasó un mes. Hoy me quitaron los puntos. Pesaron, midieron y revisaron a mi pequeña: todo va bien. La doctora dijo que es una niña sana.

Pasaron varios meses. Aprendí a darle de comer acostada y ella a retirarse cuando sentía que se ahogaba. Hoy le tocó baño: arrimé jabón, champú, esponja, una toalla para detener su cuerpo y que no se resbalara, y dos más para arroparla. Arrimé una silla: a mi bebida le gustaba estar dentro del agua, pero yo no podía mantenerme mucho tiempo inclinada. Las dos nos sentamos para disfrutar el momento.

Cumplió un año. Empezó a comer bocaditos, caldo de frijol, pollo y otros. Trastabillaba al dar sus primeros pasos; hace días dijo su primera palabra: «papá». Espero que pronto diga «mamá».

El tiempo corre de prisa. Hoy cumple dos años. Dormía al lado de su padre mientras yo lavaba ropa. De repente, mi marido lanzó un grito desahogado:

—¡Ven a ver lo que hizo tu hija!

Subí presurosa. ¡Había hecho popó en la cama! Ya tenía varios días sin usar pañal. En el afán de limpiarse, agarró la caca con las manos y la untó sobre el pecho de su padre. Él me pidió que no la regañara:

—Hoy es su cumpleaños —dijo.

Moví la cabeza y comencé a recoger las sábanas, cobijas y ropa sucia. Seguí en mi quehacer mientras ellos se bañaban.

Entramos a una etapa de cuidados y carreras. Ya caminaba por toda la casa. Durante un desayuno, de repente desapareció. Corrimos en direcciones opuestas, no la encontramos. Grité, trataba de no espantarla. Se escuchó un sollozo ahogado.

Abrimos el aljibe: no estaba ahí. Seguimos el llanto hasta el refrigerador nuevo. ¡Por Dios! ¿Cómo hizo para abrirlo, entrar y cerrarlo?

Prometimos más cuidado, pero los días pasaron y volvimos a confiarnos. Hora de comer: la niña dormía. La despertaría para comer en familia. No estaba en la cama. Revisamos habitación, baño, bajo las camas, su cuna... El único lugar que faltaba era la azotea. Subimos sigilosos como gatos, tratábamos de no hacer ruido.

Ahí estaba, a unos pasos de la orilla. Nos miramos azorados. Le dije en voz baja que no le hablara. Tenía miedo de que, al oírme, corriera. Me armé de valor y comencé a hablarle despacio. Ella volteó indiferente.

—Ven aquí —le dije con voz temblorosa.

Él reaccionó y me dio un dulce. La volví a llamar y le mostré el «puti», como ella lo llamaba. Por fortuna, le ganó el deseo y vino hacia mí con la mano extendida.

Me pregunté con un nudo en la garganta: ¿cuántas experiencias como esta tendré que vivir? ¿Triunfaré como madre o moriré en el intento?

Llegó la etapa del jardín de niños. Hoy fue su primer día. El corazón se me hizo pequeño y las mariposas revoloteaban en mi estómago. Estábamos en la puerta. La maestra me indicó a qué hora debía regresar por mi niña. No quería dejarla, pero ella, con voz firme, me reprendió:

—Ya vete, mamá. Al rato vienes por mí, no llegues tarde.

La maestra me hizo la seña de retirarme. Caminé lenta, sin voz, con una lágrima que bailaba en mis ojos. Una señora me saludó y añadió:

—No se preocupe, va a estar bien.

Susurros a mamá

Entre juegos, concursos, desfiles y bailes, se fueron los dos años del jardín. Ahora toca planear el ingreso a la primaria: nuevos uniformes, maestros y sistema. Nos espera una vida llena de retos, objetivos y realizaciones.

Tengo una buena hija. La incógnita es: ¿seré yo una buena madre?

El amor verdadero

Rosa Blanca

MÉXICO

Si el amor verdadero habita en este mundo, no se encuentra en el beso de un príncipe de fábula ni en la promesa volátil de un compañero casual; reside, sin duda, en el alma de una madre. Es el amor de la mujer que se fragmenta a sí misma para construirnos un refugio de paz; una entrega absoluta que navega entre sentimientos encontrados: el cansancio que cala los huesos, el silencio de quien no recibe reconocimiento y la soledad de ser dada por sentada, mientras se inmola en el altar del sacrificio silencioso.

Mi madre es mi puerto y mi confidente más pura; en un mundo de sombras y traiciones, ella es la única certeza, la que vela por mi salud con devoción de guardián y recoge mis lágrimas como si fueran perlas propias.

Esta maternidad, ya de por sí ardua, se convierte en una montaña escarpada cuando se abraza a un hijo que danza fuera de la norma. Ser madre de un alma neurodivergente o con discapacidad, en un mundo obsesionado con la productividad y la meritocracia ciega, es un acto de valentía incalculable. Es enfrentarse a la mirada que juzga y a una sociedad que aún no ha preparado sus cimientos para la belleza de lo diverso.

Honro también a esas madres de corazones rotos que sostienen a hijos cansados de la existencia; madres que comprenden que, si su hijo desea la partida, no es por falta de amor, sino porque el peso de la vida se ha vuelto insoportable. Ellas son el ancla en medio de la ansiedad, la mano firme que sujeta la nuestra cuando el pecho estalla y el impulso es huir; ellas esperan, sin juicio y sin prisa, a que logremos recomponernos.

Benditas las madres que deciden romper patrones, aquellas que fueron juzgadas en su ayer y hoy eligen comprender y sanar para hacer las cosas mejor, incluso cuando las tormentas del hogar parecen superarlas. Son símbolos vivos de resistencia, guerreras que habitan ese miedo punzante de no saber qué pasará cuando ellas ya no estén, mientras intentan esculpir un mundo más empático.

Son las que sufren el acoso escolar en carne propia junto a sus hijos, deseando que el mundo les abra la puerta de la amistad, aun sabiendo que el afecto ajeno no se puede forzar. Gracias a todas esas madres que no se rinden, que se visten de hierro aunque por dentro sean de cristal, solo para que sus hijos no se derrumben.

Gracias, en especial, a la mía, por ser la brújula en este mundo que a menudo margina lo diferente, pero que en tus brazos encuentra validación, consuelo y el amor más real que el ser humano puede conocer.

No estoy preparado para tu partida

Néstor Antonio Flores Martínez

MÉXICO

Has llegado a la tercera edad y, aunque te encuentras más sana que muchas personas de tu edad, aún pienso que la situación podría ser mejor. Ahora que hablamos, he comprendido que tus traumas, miedos, inseguridades y asuntos no resueltos salen a relucir, aunque no lo quieras, aunque no sea voluntario. Tus lágrimas contenidas, tus ojos rojos y tus suspiros dejan al descubierto mucho de ti.

Sé que no somos eternos. ¿Por qué debe doler tanto la partida? Justo porque nos amamos, se suele decir. Cuando alguien sin importancia se va, solo deja un espacio en blanco; en cambio, el amor de familia nos enseña que debemos apoyarnos, nos queremos, nos escuchamos y, sea cual sea el problema, estaremos los unos para los otros, siempre que la vida nos lo permita.

Cuando viajamos a la playa me alegré, porque papá y tú nunca habían tenido esa experiencia. En el viaje a Pachuca me di cuenta de cuánto lo disfrutaron, tanto que volvieron por su cuenta, solo avisándonos. Sí, han sido gastos, pero siempre los veo con gusto, porque sé que mi hermana y yo les estamos dando la vida que no pudieron tener. De niño te vi enferma muchas noches, muchos días, y aun así siempre sonreías, siempre guardabas tu dolor en silencio. Como madre, cumpliste siempre.

Espero que, como hijos, hayamos cumplido tus expectativas: yo siendo un hombre de bien y mi hermana una

Susurros a mamá

mujer de bien. Aunque nunca pude darte nietos, deseo que vivas tu vejez con las demás metas cumplidas.

Sé que algún día no estarás, y solo espero no haber dejado asuntos pendientes contigo. Sé que siempre nos cuidarás. Nos enseñaste a valernos por nosotros mismos, y ahora nos toca cuidarte. Ha llegado nuestro momento. Solo esperamos que nos permitas llevar la vida contigo, guiándote, porque seguiremos necesitando tus consejos. Y aunque ahora seremos tu apoyo, no dudes que te cuidaremos hasta el último día.

Atentamente, tu hijo querido:

Néstor

Mamá

Alfredo Olmos

MÉXICO

El día de hoy realicé una limpieza en la casa y, mientras lo hacía, me di cuenta de que hay un lugar en el que, al acercarme, aún escucho tu voz. A pesar de que hace años ya no estás con nosotros, tu presencia sigue aquí, tu lugar permanece en la casa, aún estás conmigo.

Perdona, mamá, que esta hoja esté algo húmeda, pero mientras escribo no puedo evitar pensar en ti y soltar un par de lágrimas.

Mientras camino por la cocina, no puedo evitar oler por un instante el aroma de tu comida y mirar la taza de café que siempre tomabas en la mañana, mientras me ayudabas a guardar mis cosas para ir a la escuela.

Mamá, te escribo esta carta porque hoy me di cuenta de las palabras que nunca te dije, de los abrazos que nunca te di. Nunca te confesé que, cuando ibas a la tienda, me quedaba mirando el reloj esperando tu regreso para que estuvieras conmigo. Aprendí el sonido de tus pasos para saber que no te ibas a dormir hasta asegurarte de que yo estaba bien. Nunca te agradecí que, cuando yo estaba cansado, tú te desvelabas conmigo, ayudándome y cuidándome, aun cuando la fatiga ya te pesaba.

Recorro los pasillos de la casa y pienso en todos los abrazos que quise darte, pero que no te di porque “ya era muy grande”, porque tenía prisa o porque pensé “mañana”. Y ese mañana es hoy, mientras te escribo unas palabras que ya no podrás leer.

Busco tu sonrisa en mi memoria y veo tus ojos como ventanas en las que siempre se reflejaba mi rostro. Miro la

Susurros a mamá

ventana y solo te veo a ti, preocupada, esperando que yo cruzara sano y salvo la calle.

Quiero agradecerte todo el amor que me diste, toda la ternura y el cariño que me dedicaste. Gracias por estar a mi lado, por acompañarme siempre.

Salen unas cuantas lágrimas de mis ojos mientras vienen a mi memoria imágenes tuyas: levantándote temprano para hacerme el desayuno, desvelándote en los días que yo estaba enfermo y quedándote a mi lado, leyéndome un cuento mientras me enseñabas a leer.

Quisiera abrazarte mientras escribo esto, mirar tu rostro tomando un café mientras lees estas palabras y darte ese último abrazo.

Te quiero con un amor que no sabe despedirse.

Querida Madre

José Jesús Rodríguez Velázquez

MÉXICO

Sábado 15 de octubre de 2033

Enviado desde Buenos Aires

Destino de correspondencia: Megalópolis de México

Te escribo con mi puño y letra bajo la luz de la radiante omnigeometría de la fotosfera de millones de soles. Los libros de mi mente han contado las historias que el tribunal de mi alma guardaba en las dimensiones filosóficas que recorría, madre.

En la cronopolítica existe una lámina de oro que dice que la tecnocracia del minuterero de mesías electrónicos no podrá contra el terror de los dioses astrales. Escucha, madre: el auxilio inmortal de Dios nunca llegará para Norcorea, porque con su mano izquierda alzaron la partitura del sol tenor de Sirio.

Mi dedo índice, en mi puño cerrado al empuñar el libro de la justicia, gira en la sentencia secreta de la frase de un Dios que creó una sustancia, origen de la primera célula, y dio como enseñanza la ecuación de los libros del amor.

Madre, ya pasó la tercera guerra mundial, pero los peligros de muerte no se han separado de la simiente de la humanidad. ¡Los destructores de sistemas se quitaron el rostro y se pusieron las máscaras de la muerte! Aunque bajo la bóveda celeste de este límpido jeroglífico de cielos azules, por la insólita noche iluminó mi sendero una luna rosa que se posaba sobre los fríos océanos de un éxtasis ultravioleta en Buenos Aires. Allí bailé un tango con una rosa ebúrnea, lo hicimos bajo la mirada de la pupila dilatada de la espada de Aries.

La sonrisa que ilumina millones de tiempos en toda la mirada del sueño esotérico de la unidad hace que, al mover las olas del Mar del Plata, desaparezca la realidad. ¡En el Tribunal del Cielo solo dan esperanza con el juicio de todas las realidades!

Los murmullos dicen que un bebé elige a su madre antes de nacer. Lo único que puedo agregar es que aprendí a morir antes de morir. Sabes que, al ser un crononauta, he escuchado las leyes de la cronopolítica, y tendría que contarte que ni siquiera las muertes estratégicas de las máscaras de las mentes criminales — con miradas de asesinos que renunciaron en la agenda de muertes programadas y reprogramables, de un reinicio temporal y un juicio atemporal— pudieron causar la tercera guerra mundial.

El consejo supremo de las 777 galaxias encontró en el correr de los tiempos la suprema causa, la que vino a dar cierre a la sangre que salía de las heridas del cielo. La tercera guerra mundial se hizo con el autoatentado nuclear en Texas. Entonces escucha lo que sale de mi boca, madre, que es como una espada de justicia: porque me he transformado en uno de los Arquitectos de los Cielos, en un Tekton que ha escalado las escaleras de los átomos del aire. Un segundo en mí es ya como un sol y como una espada del tiempo.

¡El autoatentado nuclear se dio en el paralelo 33! La explosión armaba el reinicio de las heridas del cielo y de las revoluciones psíquicas y biológicas del tribunal del tiempo. El hongo de luz que destruyó el reactor en las arenas blancas hizo que el tablero del sol forastero de los monstruos cósmicos se manifestara en la Tierra, en las 13 colonias de América. Así, las 13 colonias de un bando y, del otro lado, la Zuria Polar y la máscara alienígena de Taichina se enfrentaron. Irán destruyó a la arquetípica sionista de Azrael-Sabbaoth y a la Liga de Eurothan de Thule. Todo se vio como espadas del cielo por los misiles hipersónicos enviados de ambos lados.

¡El planeta parecía un ígneo globo por ambos polos! Cuerpos desplomados sin vida, dioses descuartizados sin rostro, cuerpos hambrientos muertos por inanición. Parecía que Stalin pisaba con calzadas de caminos sangrantes en estas avenidas de la reencarnación, mientras los cerebros de la tecnocracia operaban detrás de las máquinas que obedecían a la cabeza cercenada de Hitler, conservada en cloroformo dentro de una jarra conectada a un sistema cuántico electrónico, junto con una armadura cibernética de exoesqueleto biomecánico-electrónico, para ordenar las masacres de un reinicio en el círculo polar ártico.

Los sueños de faraón del simposio del dólar americano quedaron sepultados en las profundidades de la nada. Tiempo después, el armipotente seísmo dobló al mundo como una colisión de mundos que se transmutaron en las vértebras de la columna vertebral, por el bombardeo de los avernos atómicos del malvado jefe de los persas, que destruyeron la cúpula del Vaticarcano y declararon la nueva religión: el Crislam, culto al cubo de Saturno. Saturno, en todo este tiempo, fue el portavoz que tenía todas las eras del miedo en su voz y segó millones de vidas con su hoz.

He pasado de visita por Europhairos: no queda más que arenas del tiempo de las pirámides destruidas de Gizeh. África llora en los lienzos al óleo del petróleo, en los millones de vidas apagadas en guerras híbridas, guerras civiles y guerras convencionales.

En las aldeas de las megalópolis globales aún todos se lamentan de viejas historias. Las 13 Colonias de América, en su segunda intervención en México, no pudieron recapitular con el dedo índice sobre la rosa de los vientos en el Golfo de México, ni México recuperar un centímetro de los estados que perdió en la antigua guerra con las 13 Colonias de América.

Madre, empuño mi guitarra y me voy bajo la bóveda celeste de los infinitos. Ahora los cielos se desenrollan como pergaminos:

Susurros a mamá

En la cronopolítica de los cielos desenrollados como pergaminos,

la eterna poesía que he escrito en los infinitos caminos,

une los cielos, los mares, los suelos y los tiempos de los destinos.

En los libros de la mente al escribir nuestra historia,

el juicio en todos los planos espirituales de la memoria,

en los Reinos Unidos de la Muerte tendremos nuestra última victoria,

hará que se restablezca la eterna gloria.

Mamá

Romyna Olmos

MÉXICO

El día de hoy me levanté un poco más temprano de lo normal. A pesar de que madrugué, tú ya estabas despierta haciendo el desayuno. Mientras te miraba, me di cuenta de que, aunque te he visto cocinar tantas veces, nunca me he detenido a pensar en todas las ocasiones en que te levantaste temprano por mí; todas las veces que, aun estando enferma, te preocupaste primero por mí; todas las veces que, aun con frío, saliste muy temprano de la casa para acompañarme a la escuela; todas las veces en que, aunque tú no llevabas ni un suéter, saliste a llevarme una chamarra.

Mientras te miraba preparar el desayuno esta mañana, llegaron a mí una infinidad de palabras que quisiera decirte. Un millón de gracias no serían suficientes para todo lo que has hecho por mí. Mamá, nunca te dije gracias por todas las veces que te quedaste desvelada esperando a que yo llegara; nunca te dije gracias por peinarme en las mañanas antes de ir a la escuela (y gracias por soportar mis berrinches mientras me hacías la trenza); gracias por ser tan tierna y linda conmigo.

Mientras te miro comer conmigo, pienso en todos los abrazos que me diste y en los que se quedaron esperando. Veo tus ojos y solo puedo encontrar en ellos esa mirada dulce que nunca se despegó de mi lado cuando yo tenía fiebre.

Quiero agradecerte porque, hace años, cuando me iba mal en la escuela o me peleaba con alguna amiga, siempre podía confiar en ti. Y ahora, cuando tengo un mal día en el trabajo o discuto con algún cliente, te agradezco que aún sigas conmigo.

Susurros a mamá

Mamá, te escribo estas palabras hoy porque no quiero que pase ni un solo día sin poder decírtelo. Así como cuando acudía a ti a medianoche para decirte que tenía hambre, frío o miedo, y tú te levantabas a cuidarme sin una sola vez decirme “ya mañana”. Por eso mismo te escribo hoy: te quiero, mamá. Gracias por haber sido la mejor, gracias por cuidarme, gracias por estar conmigo.

Te quiere tu hija.

¡Hola, mamá! 

Patricia Escobedo Guzmán

MÉXICO

Sé que, si estás leyendo esta carta, es porque ya estás tranquila, sentada en tu sillón favorito, con tu cafecito de olla y al lado de Tiny, nuestro gatito.

Pues, bueno, siéntate cómoda y piensa en mí mientras lees estas palabras.

Sé que en los últimos días me estuve sintiendo muy mal y tú muy triste, pero ahora puedo decirte que estoy feliz: ya no tengo ningún dolor, ninguna preocupación, y me siento liberada y tranquila.

He visto que estos días has estado un poquito triste, y lo entiendo. Pero quiero pedirte, por favor, que vivas tu duelo y después rehagas tu vida tal y como a ti te gusta. Visita a mis tíos en Mérida, viaja a esos pueblitos mágicos que tanto te encantan y desayuna con tus amigas del “Club de Lulú”, que tanto te han ayudado.

Yo estoy en un lugar donde reina una paz increíble: todo es armonía y felicidad, y convivimos con una dicha inmensa. Ya me tocó ver a algunos de tus artistas favoritos: la otra mañana vi a doña Silvia Pinal, a la cantante Dulce, a Gabriel García Márquez y, ayer, a la señora Cristina Pacheco, que tanto te gustaba ver en televisión. La lista es larga, pero cada vez que los encuentro pienso en ti y les digo que los admiras. Ellos me han comentado que, dentro de mucho tiempo, cuando vengas para acá, no dudes que te presentaré con ellos para que los conozcas.

Lo que en verdad quiero decirte es que te agradezco todos tus sacrificios, tus esfuerzos y tu inmenso amor de madre y amiga durante los años que viví a tu lado en la tierra. Sé que siempre me amaste con un amor que traspasa el tiempo y la distancia, y que, aunque ya no estemos juntas en el mismo plano, seguiremos juntas para siempre.

Aquí, uno de los ángeles me dijo que, en ciertos momentos, me darán permiso de bajar a verte y estar contigo. Obvio no podré hablarte ni tocarte, pero tú me vas a sentir, porque tenemos una manera muy especial de comunicarnos con ustedes, los terrenales: casi siempre mediante olores o pequeños detalles que les hacen saber que estamos cerquita.

Ya pensé que voy a dejar cerca un poquito de mi perfume favorito para que sepas que ando por ahí, y al olerlo sea como si te estuviera apapachando, como lo hacíamos siempre.

No sabes cuánto valoro tu papel de mamá. Créeme que te adoro por todo lo que me apoyaste y por hacerme sentir siempre importante para ti. Peleaste a mi lado mi batalla contra este feo cáncer de estómago, y aunque fueron tiempos muy duros, también fueron enriquecedores: aprendimos que no hay mal que por bien no venga y que todo pasa por algo.

Le doy gracias a Dios por haberte elegido a ti, de todo el catálogo de mamás, como el mejor modelo para mí. Tenerte fue mi tesoro de amor siempre.

Perdóname si no fui la hija que hubieras querido, pero créeme que hice mi mayor esfuerzo por ser la que más te admiró y te quiso siempre. Me hubiera encantado quedarme más tiempo contigo en la tierra, darte un nieto y hacerte sentir orgullosa de mí. Pero este fue nuestro camino, y sé que en muchos, muchos años más, cuando vengas acá, estaremos juntas y ya no habrá final, ni dolor, ni tristezas, ni miedos. Todo será, como tú me decías siempre, un gozo eterno.

Susurros a mamá

Esta carta la escribí ayer con ayuda de dos ángeles que ya son mis amigos. Ellos me prestaron estas hojas y yo le dicté las palabras a otro angelito que se dedica a escribir cartas para los humanos y luego las deja en sitios donde ustedes puedan encontrarlas y leerlas. Así que agradécele también a este angelito, porque escribir para los mortales no debe ser tarea fácil.

Yo solo deseo que sepas que estoy bien, que estoy contenta, que ya no me duele nada, y que sé también que tú vas a estar bien y mucho mejor ahora. Algún día, muy lejano, volveré a estar contigo. Todas las personas que nos quieren y que aún están contigo, en algún momento vendrán acá, y yo estaré lista para recibirlos y compartir con ellos mientras espero tu llegada.

La próxima vez ya no te voy a escribir: voy a bajar a verte y compartir contigo. Uno de estos angelitos ya me prometió que me llevará, así que nos veremos en pocos días, mi querida mamá.

Mientras tanto, sé feliz, por favor. No pienses en mí con tristeza: hazlo con mucho amor y vive, por favor, puras cosas bonitas.

Te amo.

Nadia.

Las dos mamás

Carlos Andrés Puentes de la Cruz

COLOMBIA

Desde que me mudé, mi madre son dos personas. Una es mamá y la otra, mi mami. La primera se viste de trabajo: a veces con una bata de jueza y otras practicando la palabra de Dios. El día la mira por la ventana hasta que la noche cae. Entonces, ella viste otro atuendo para seguir trabajando de otras formas: cocinera o psicóloga familiar. Mi mamá es así y, en la lejanía del recuerdo, la miro trabajando en mis memorias.

Ahora que me he mudado, la encuentro en las enseñanzas que me dejó para cumplir los deberes: en los platos que debo lavar, en las tareas del hogar, en la casa que se empolva y me obliga a barrerla con enojo. En mis pensamientos al preparar el desayuno en las madrugadas, en mi trabajo al mediodía, en las horas del almuerzo con las carnes que solía cocinarme, y en la noche, cuando oro con mi prometida. Mi madre es esfuerzo, y yo soy su fruto.

En ocasiones, al regresar en el bus, mi aroma se pierde y se mezcla con los de otros que también estamos perdidos. Entonces, al llegar a casa, reconozco el esfuerzo de mi mamá pensándome: la casa, el deber, la familia. Agotado, pienso que mi mamá siempre ha sido trabajo, esfuerzo y alguna lágrima, porque también ha debido llorar al sentir el peso responsable del hogar. Mi mamá es quien se viste de trabajo, y mi mami es la persona a quien llamo cuando quiero estar en casa.

Recuerdo hablar poco con ella cuando vivíamos juntos. A veces era un viejo terco, otras un infantil. Una vez la hice llorar. No por grosería, sino por incomprensión, por inmadurez. “Uno no debe hacer llorar nunca a su mamá”, pienso ahora que me he

mudado y cuando más la recuerdo. Hay momentos con ella y momentos en los que ella misma ha sido el momento: mi nacimiento, el primer cumpleaños, la graduación. La vida es bella porque mi mami siempre ha sido hermosa conmigo.

Hay días en que no la llamo. Semanas en que las responsabilidades tocan la pantallita de mi teléfono como una puerta, y todas entran solo para recordarme los recibos, el contacto de los técnicos de algún aparato o la cita del próximo sábado en el colegio. Hay días en que no la llamo porque pienso que nada es interesante y que no hay nada que decir. Sin embargo, cuando veo a mi prometida llamar a su madre cada día, cada tarde, cada noche, siento que lo interesante en mi vida no deberían ser los problemas, sino que todavía tengo a mi mamá.

Mi mami es una palabra sabia, mucho más joven que yo. Al hablarme, su tono pierde los años que ha coleccionado. Mi mami es pequeña y yo el doble de su estatura. Cuando me abraza, los tamaños cambian y yo me hago más niño. Sus deseos son una mano en el hombro y, al llamarla —solo cuando me decido a hacerlo—, siento en su voz un beso dulce al oído.

Las llamadas son cortas. El tiempo ha cansado nuestras palabras. La distancia nos ha beneficiado. Las ausencias nos hacen más presentes y, al llamarnos, con poco discurso, ya nos abrazamos con la caricia mutua de un te amo y unas buenas noches.

Desde que me mudé, mi madre son dos personas. En unos meses me habré casado y, como mi mamá, deberé seguir trabajando en construir el lindo recuerdo de un hogar. En el altar pienso en mi mami, viéndome, quizá llorando de alegría, nostalgia o amor, porque Dios, en sus caminos, nos ha unido más fuerte, y en su palabra también la encuentro a ella. Mi madre es el sonido del hogar y yo el eco de su imagen. Estoy a unos meses de casarme. He hecho la confirmación. Nunca fui

Susurros a mamá

religioso, pero confío en los pasos que la vida me ha hecho dar, porque si existe mi mamá, entonces existe Dios.

Te amo, mami.

Mamá cocochita

Adrián Ramírez Alarcón

MÉXICO

En los patios salados de la costa de Nayarit, donde el viento marino acaricia las palmeras y el salitre impregna cada grano de arena, las cocochitas arrullamos bajito: «coo-coo, coo-coo», un canto humilde que se mece con la marea y no pide ser oído por todos. Somos las que picoteamos semillas entre conchas, bebemos del charco que deja la ola y posamos en ramas que huelen a mar.

Yo soy la cocochita segundona del nido. Cuatro polluelos salimos bajo tus alas tibias y tu arrullo constante. El mayor, tu polluelo de plumas más vivas, siempre llevó el rumor de tus raíces en el pico. Los otros dos alzaron vuelo contigo y con papá cocorito hacia los nidos del norte, donde el sol quema seco y las semillas saben a polvo lejano. Tú los guiaste en esa migración larga, les enseñaste a anidar entre vientos duros, a cantar contra el desierto.

A mí, la segundona, quisiste llevarme también en esa bandada al norte. Extendiste el ala, me llamaste con tu «coo» más dulce y urgente. Pero la abuela cocochita —de alas plateadas por el tiempo y canto sabio como la marea— me tomó bajo su sombra una noche. Me llevó a escondidas primero a los montes verdes de Michoacán, donde los limoneros crecen salvajes; luego a los caminos abiertos de Nuevo León, donde el horizonte se estira sin fin. Regresamos siempre al patio salado de la costa nayarita, donde viví mis primeros vuelos, donde picoteaba en la arena húmeda y aprendía el ritmo de las olas.

Allí, en esa última migración donde aún estaban papá y tú juntos —antes de que las alas se separaran—, la abuela trajo la

semilla de limón desde Arandas, Jalisco. La escondió en su plumaje como un tesoro de tierra alta y la plantó en la arena salada del patio. Cuando ella cruzó el último vuelo en agosto de 2017, la semilla rompió el suelo. Germinó con hojas brillantes y resistencia de costa: cada año da limones ácidos que queman el pico al principio, pero refrescan el canto y despiertan el arrullo entero.

Después, mis alas me llevaron a plantar raíces entre Tlaquepaque y Guadalajara: entre el barro que se vuelve arte y las calles que crecen como ramas nuevas. Allí arraigué, regando con mi propio pico la tierra alrededor de un limonero que trasplanté en espíritu. Mientras el nido se vaciaba —el mayor perdido en rutas lejanas, los otros dos aún en el norte con sus nidos nuevos—, yo me quedé, mientras volaba en círculos propios, sin quebrar el ala ni torcer el canto en caminos oscuros. Aprendí a encontrar mis semillas, a compartir migajas con esfuerzo cuando mis hermanos regresaron. Tomaron lo que necesitaban y alzaron vuelo otra vez. No guardo espinas; solo sé que mis alas se ensancharon por volar sin sostén constante.

El limonero no pregunta quién salió primero del cascarón. Crece entre sal y sol, da sombra a todas las cocochitas que posan, ofrece frutos que saben a lecciones de vuelo: agrio al tocarlo, pero capaz de avivar el arrullo completo.

Tú, mamá cocochita, sigues viva, con tus alas aún listas para anidar. Siempre me amaste con pico suave y arrullo constante. Aunque el tiempo se haya llevado a la abuela y dejado silencios, tu coo nunca se apagó del todo. Aún llega en la brisa, en el recuerdo de su posada en la rama alta, en el limonero que germinó cuando el patio quedó más solo.

Entiendo ahora tu arrullo repetido cuando el nido guardaba polluelos: Así debimos ser. Cocochitas juntas en el mismo árbol, arrullándonos sin contar plumas. Tú sigues ahí, pero te necesito de nuevo siendo alegre, como cuando tu canto llenaba el patio

entero y hacía bailar las hojas. Te necesito porque tu alegría completa mi vuelo, porque en tu posada quiero verme entera: no como segunda, sino como la que eligió arraigar a su ritmo y florecer.

El limonero creció con salitre y poco riego; yo también, entre costa y ciudad. Pero siempre regreso al recuerdo del patio salado donde todo empezó, donde una cocochita aún arrulla bajito, recordándome que el amor verdadero no vuela primero: solo vuela constante, como la marea que regresa.

Te necesito alegre, mamá cocochita, para que nuestro arrullo suene completo otra vez.

Tu polluela segundona que vuela sola, pero siempre busca tu rama para posarse y cantar juntas.

Adrián

Madre

Marduk Silva

MÉXICO

Te escribo desde la distancia que da el tiempo, pero también desde la cercanía inevitable del origen. Porque uno puede alejarse de muchas cosas, pero no de aquello que lo nombra por primera vez. Fui un niño que te miraba intentando entenderte, que buscaba en tus gestos una señal, en tus palabras una certeza, en tus silencios una respuesta.

A veces te encontraba. A veces no. Y en esa ausencia fui creciendo. La infancia, para muchos, es un refugio; para mí fue un territorio incierto, cambiante, donde el amor y el dolor convivían sin aviso. Recuerdo tu voz, tus cambios, tus días difíciles. Recuerdo también los momentos en que todo parecía calmarse, como si la tormenta hubiera decidido descansar por un instante. Viví entre esos extremos y aprendí a leer el mundo desde ahí.

Aprendí a observar, a anticipar, a callar. Que el llanto podía ser peligroso, que el silencio a veces protegía más que las palabras. Aprendí demasiado pronto. Pero también encontré pequeñas luces: los abrazos que sí eran refugio, las sonrisas que sí eran sinceras, los espacios donde podía ser niño sin miedo. Esos momentos me sostuvieron. Porque incluso en lo roto, siempre hay algo que resiste.

Luego vino el tiempo de la distancia real, no solo emocional. Los cambios, las pérdidas, los desplazamientos. La vida moviéndose sin preguntar y yo, tratando de seguirle el paso. Hubo años en los que me sentí fuera de lugar en todos lados, como si no perteneciera completamente a ningún sitio: ni a una

casa, ni a una historia, ni a una versión clara de mí mismo. Pero seguí. Porque, de alguna manera, siempre se sigue.

Te busqué en preguntas, en silencios, incluso en la fe. Le pedí a Dios respuestas que no llegaron cuando las necesitaba. Pero el tiempo, maestro silencioso, empezó a ordenar las cosas. No para justificarlas, sino para darles sentido. Hoy puedo verte de otra forma: no como la figura que debía ser perfecta, sino como una mujer atravesada por sus propias batallas. Una mujer que también fue herida, que también tuvo que sobrevivir.

Y en esa comprensión, algo cambió en mí. No desapareció el pasado, pero dejó de pesar igual. Se volvió memoria y, en la memoria, cuando deja de doler, puede convertirse en enseñanza. Madre, no sé si estás orgullosa de mí, pero he aprendido a caminar sin esa respuesta. He construido una vida con lo que tuve y también con lo que me faltó. He conocido el afecto desde otros lugares, desde otras personas, desde otras formas de estar en el mundo. Y en ese proceso, algo en mí sanó. No todo, pero lo suficiente.

Hoy miro hacia adelante con una esperanza distinta. No ingenua, pero sí firme. He conocido a una muchacha linda que representa lo que siempre imaginé como hogar. No sé qué traerá el tiempo, pero sé que ahora puedo construir desde un lugar más consciente. Si algún día formo una familia, sembraré en ella lo aprendido. No desde la repetición, sino desde la transformación. Porque la historia no se elige, pero sí lo que se hace con ella.

Madre, no te escribo desde la herida, sino desde lo que quedó después. Desde lo que resistió. Desde lo que, a pesar de todo, sigue siendo. Porque incluso en lo roto, hay origen. Y en ese origen, estás tú.

Tu hijo,

Marduk Silva

Agradecimiento

La creación de esta antología no habría sido posible sin la generosidad, el talento y la entrega de cada uno de los escritores que aceptaron la invitación a participar. A ustedes, que con sus palabras dieron vida a este proyecto, queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento.

Cada carta que conforma este libro es un testimonio único, un fragmento de vida que se abre al mundo con sinceridad y valentía. Sabemos que escribirle a mamá no es un ejercicio sencillo: implica remover memorias, enfrentar emociones, revivir momentos de ternura y también de dolor. Ustedes se atrevieron a hacerlo, y con ello nos regalaron un mosaico de voces que trasciende fronteras y nos recuerda que, en el corazón de la lengua española, late un mismo sentimiento de amor filial.

Gracias por compartir sus historias, por abrir sus corazones y por permitir que sus experiencias personales se conviertan en un legado colectivo. Sus palabras son más que literatura: son abrazos que viajan a través del papel, son recuerdos que se transforman en esperanza, son gestos de gratitud que se multiplican en cada lector.

Este libro es también un homenaje a la diversidad cultural que nos une. Escritores de distintos países, con distintas edades y trayectorias, se han reunido aquí para demostrar que la maternidad es un lenguaje universal. Cada carta, aunque profundamente íntima, se convierte en un espejo en el que todos podemos reconocernos. Y esa riqueza, esa pluralidad de voces, es el mayor regalo que ustedes nos han dado.

Queremos agradecerles no solo por sus textos, sino también por la confianza depositada en este proyecto. Por creer en la fuerza de la palabra escrita, por entender que la literatura puede ser un puente entre generaciones y un refugio para quienes

buscan consuelo. Gracias por su disciplina, por su compromiso y por el amor que se refleja en cada línea.

Que este libro sea también un reconocimiento a ustedes, los autores. Porque detrás de cada carta hay un escritor que se atrevió a desnudar su alma, que encontró en la escritura un acto de sanación y que decidió compartirlo con el mundo.

A todos ustedes, gracias infinitas. Este proyecto les pertenece tanto como a las madres a quienes está dedicado. Que sus palabras sigan floreciendo y que esta antología sea solo el inicio de muchos más encuentros literarios que celebren la vida, el amor y la memoria.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

Colaboradores de la Antología



Esta antología reúne las voces de treinta y dos escritores de habla hispana que, desde distintos rincones del continente y la península, han querido compartir su amor a mamá. Cada uno aportó una carta cargada de recuerdos, emociones y confesiones que, al unirse, forman un mosaico literario de afectos universales.

En estas páginas se encuentran palabras que nacen de la gratitud, del dolor, de la nostalgia y de la esperanza. Hay cartas escritas desde la infancia, con la inocencia de quien apenas descubre el mundo, y otras desde la madurez, con la serenidad de quien reconoce los sacrificios y la entrega silenciosa de una madre. Algunas evocan la presencia cotidiana: el aroma del café en la cocina, la voz que despierta en las mañanas, la mano que acaricia en medio de la fiebre. Otras, en cambio, se escriben desde la ausencia, como un intento de tender un puente hacia quienes ya no están físicamente, pero permanecen vivos en la memoria y en el corazón.





Nombre: Néstor Antonio Flores Martínez

País: México

Edad: 34 años

Semblanza:

Licenciado en Física, escritor aficionado con algunos textos publicados. En constante búsqueda de consolidar su carrera como escritor y convertirla en un ingreso adicional, dedica su tiempo a producir los mejores textos posibles. Cuenta con más de diez años de experiencia como docente y ocho años de participación en proyectos para la industria.

Desde los nueve años escribe —o intenta escribir— cuentos, siempre con el gusto por la magia de crear mundos, historias y personajes. En sus documentos todo puede ser bello o concluir

Susurros a mamá

de manera positiva; y, aun cuando no ocurre así, busca transmitir las emociones correspondientes.

Susurros a mamá



Nombre: Miguel A. Amaya Ventura

País: México

Edad: 63 años

Semblanza:

Sociólogo. Se dedicó a la docencia en los niveles básico y medio superior; jefe de departamento en estudios sociodemográficos en el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Dedicado desde el año 2020 a la literatura, ha publicado cuentos en antologías de México y otros países.



Nombre: Daniela Herrera Martínez

País: México

Edad: 27 años

Semblanza:

Originaria de Jalisco, creció entre la fascinación por lo oculto y una curiosidad insaciable por el miedo. Influenciada por Stephen King, José Saramago, José Madero y Julio Verne, y por programas televisivos que alimentaron su imaginación sombría, desarrolló una mente corrompida dulcemente por el terror. Su paso por el ámbito forense, donde exploró la muerte y las mentes criminales, marcó su visión narrativa. En sus escritos, Daniela profundiza en el terror místico, lo oculto y lo psicológico, revelando cómo la mente humana puede ser el escenario más aterrador de todos.



Nombre: Griselda Rochin Garciglia

Seudónimo: Criss Roshglia

País: México

Edad: 66 años

Semblanza:

Maestra sudcaliforniana que desde pequeña se inclinó por las artes, con especial énfasis en la escritura. Su imaginación la ha llevado a crear diversos géneros literarios, entre los que destaca La profecía de los cuatro reinos (ya publicada por Editorial Vagabundos), una saga compuesta por otros tres libros que nos sumerge en una aventura épica de reinos y seres mágicos. También es autora de Vidas extrañas. Cuentos de lo insólito, obra

ganadora del Segundo Concurso Nacional de Cuentos auspiciado por la Fundación Mecenazgo del Libro, A.C.

Entre sus trabajos más fecundos se encuentra El hombre de la ciudad de la sal, reconocida por la riqueza de su lenguaje y la intensidad de sus descripciones de lugares y emociones. Sin duda, se trata de un viaje al pasado que nos conecta con el mundo y el tiempo perdido de Yeshúa.



Nombre: Luz María Rubio Nájera

País: México

Edad: 62 años

Semblanza:

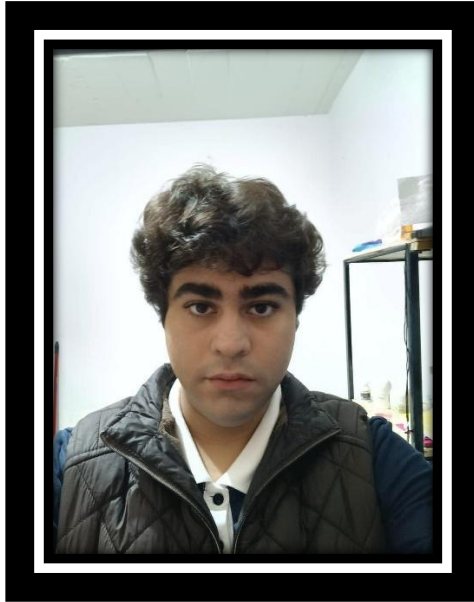
Maestra en educación primaria; además, escribe y pinta. Ha publicado diversos textos y artículos en la revista del CECYTECH, y fue coautora del libro Actualización y capacitación de los docentes chiapanecos (abril de 2004). Es autora de tres libros: El color de la vida, Entre flores, terapia y cosas peores y Una frazada para el invierno.

Ha sido antologada en la Antología de talento latinoamericano publicada por Factor Literario, en Una pluma y una hoja (América Madre, filial Tuxtla), así como en la Antología 2025 del Movimiento

Susurros a mamá

Ciudadano por la Cultura de Chiapas. Participa de manera virtual en La voz de tus escritos.

Susurros a mamá



Nombre: Aldo Alexis Orozco Mendoza

País: México

Edad: 25 años

Semblanza:

Ingeniero Químico y Físico de profesión, científico aficionado, escritor novel de aventura, ciencia ficción, suspense, y misterio. Lector empedernido.

Susurros a mamá



Nombre: Reyna Romyna Olmos Hernández

País: México

Edad: 34 años

Semblanza:

Originaria de Pachuca, Hidalgo; México. Es egresada de la licenciatura de Ingeniería civil por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, y de la Maestría en la Enseñanza de las Ciencias por la Universidad Digital del Estado de Hidalgo. Ha sido colaboradora de las revistas literarias Espejo Humeante, Fantastique y la Sirena Varada. Coautora del libro Capitán Sueño en Librerío editores.



Nombre: Jorge Gallo García

País: México

Edad: 54 años

Semblanza:

Nací en la Ciudad de México en 1972; a temprana edad comencé el amor a la lectura y a la literatura; como muchos niños, inicié leyendo historietas y cuentos clásicos; ya con el paso del tiempo, leí todo tipo de novelas, en especial las que tocan importantes episodios de la historia mexicana.

Tengo la licenciatura en periodismo, y hoy soy docente; a la par de la enseñanza, colaboro en programas de radio y revistas, en el género de terror y el misterio. Finalmente estudié un par de masters en literatura.



Nombre: Patricia Escobedo Guzmán

País: México

Edad: 58 años

Semblanza:

Nació en la ciudad de México, es profesora de educación primaria con 41 años de experiencia docente. escribe en diversas revistas digitales y participa como escritora de cuentos infantiles y cuentos para adultos en diversas antologías, entre ellas mujeres con voz de tinta, el canto de la alondra, mujeres que besan, letras compartidas de editorial momo y antologías de cuentos de yishu escritoras. actualmente está incursionando en la escritura de microrrelatos y microficciones en diversas plataformas editoriales.

Susurros a mamá

Tiene un programa de facebook live los días miércoles a las 5 de la tarde titulado: «bálsamo para el corazón, trucos y claves para leer, enseñar y vivir» por la plataforma @met2het2 internacional con sede en república dominicana.

Susurros a mamá



Nombre: Claudia Rivarelli

País: Uruguay

Edad: 45 años

Semblanza:

Escritora, diseñadora de ropa y artista visual. Autora de: Pequeñas señales, Las flores de la vida, Carta a mi abuelo, El abrazo del barrio, Querida mamá, El jardín de mis sueños, Entre pétalos y alas, Maldito cáncer, Maldita guerra, Melodías prohibidas, En la mira, entre otros. Cursó estudios en la Facultad de Comunicación y Bellas Artes. En audiovisual se destaca como actriz, voiceover y guionista. Them en 2017 (premio como mejor actriz en el festival Karlsruhe, Alemania).

Susurros a mamá



Nombre: Jazmín Hernández Rodríguez

Seudónimo: Rosa Blanca

País: México

Edad: 19 años

Semblanza:

Soy estudiante de Psicología y tengo 20 años. Aún no he publicado ningún libro, pero he participado en diversas antologías, entre ellas Herencia de tinta de la editorial Tres Gatas.

También he colaborado en convocatorias de la editorial Menperson, como Voces emergentes, Angustiante llamado de la naturaleza, Angustiante llamado del universo y Angustiante llamado de la fe.

Además, realizo una investigación sobre el capacitismo en el autismo, un tema que considero fundamental visibilizar.

Escribo con la esperanza de que alguien pueda sentir el mismo confort en mis historias que yo sentí al leer las de otros autores. Para mí, escribir es un gran pasatiempo y una forma de expresión personal, siempre buscando mejorar y dejar alguna enseñanza en cada lector.

Tengo espectro autista y ansiedad generalizada, y soy de nacionalidad mexicana.



Nombre: Armín Jesús Arceo Durán

País: México

Edad: 36 años

Semblanza:

Armín Jesús Arceo Durán (Julio,1989) es médico cirujano y escritor mexicano cuya trayectoria integra ciencia y literatura con notable solidez. Maestro en Medicina Estética, Antienvjecimiento y Regenerativa, y miembro activo de la Sociedad de Escritores de Durango, ha publicado en diversas revistas y antologías nacionales e internacionales. Entre ellas destaca su participación en la antología internacional Susurros de Amor (2026) con el relato El prisma que no ardió, obra de fantasía simbólica y amor metafísico. Formado en la Escuela Creadores de Letras, donde también se desempeña como maestro y asesor, cultiva la fantasía, la ciencia ficción y el horror con un enfoque filosófico y existencial.

Susurros a mamá



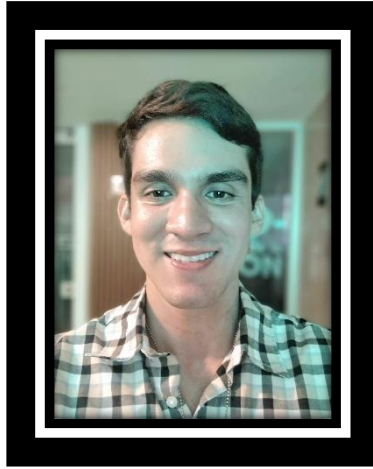
Nombre: Sebastián Benavides

País: Ecuador

Edad: 30 años

Semblanza:

Desde siempre me ha apasionado la literatura, especialmente la de terror. Hoy estoy cumpliendo un sueño: liberar al mundo todas esas ideas que durante años habitaron en mi imaginación. Prepárate para adentrarte en una pesadilla de sensaciones misteriosas que no te dejarán dormir tranquilo.



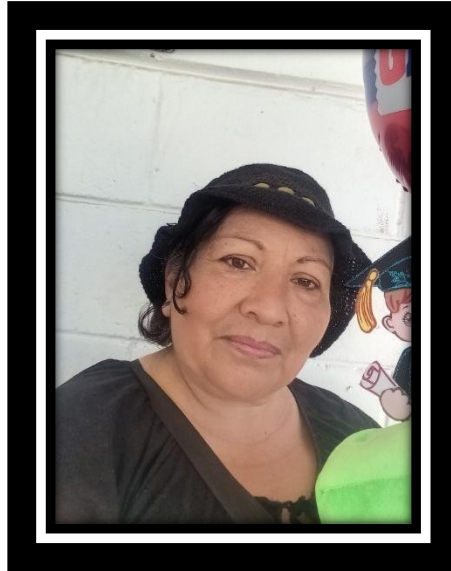
Nombre: Carlos Andrés Puentes De la Cruz

País: Colombia

Edad: 28 años

Semblanza:

Carlos Puentes, Licenciado en español y Literatura, Máster en psicopedagogía y docente de lengua castellana. Finalista del concurso de microrrelatos Altazor (2023), el concurso de haikus de Mundo Escritura (2023) y revista Sombra Etérea (2025). Participó como autor seleccionado en la antología del concurso del X festival de poesía de Fundación Nuevas Letras (2025) y en la antología de cuentos y poemas de Ghazal Texto Limpio editores (2026). Especializado en la educación y la producción textual, pasa sus días estudiando novelas gráficas y tomando inspiración de las mismas para la creación de sus obras literarias.



Nombre: María Luisa González Torres

Seudónimo: Maryto

País: México

Edad: 56 años

Semblanza:

Nacida en la Ciudad de México el 19 de agosto de 1969. Aunque siempre he tenido una imaginación muy activa, fue hace unos treinta años cuando despertó en mí el gusanito de la escritura. Tengo algunas historias que aún no he podido publicar, y mi sueño es que algún día algo escrito por mí llegue a la pantalla grande.

Por ahora, comparto relatos breves en mi página de Facebook llamada Misterios de la mente. A lo largo de mi vida he desempeñado muchos trabajos distintos, ya que me apasiona

Susurros a mamá

aprender algo nuevo cada día. Actualmente vivo en Tijuana, Baja California.



Nombre: Karla María Barillas Paiz

Seudónimo: Karla María

País: Guatemala

Edad: 50 años

Semblanza:

Nacida en el país de la Eterna Primavera, Guatemala, me considero escritora desde la adolescencia donde empecé a entrelazar pensamientos junto a sentimientos; la creatividad ha brotado en mí de forma natural.

Basta un segundo, una simple mirada a una flor, al atardecer, al alba o al mar, para comenzar a tejer historias.



Nombre: Julio César Aguilar

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Guadalajara, una Maestría en Artes en Español en la Universidad de Texas en San Antonio y un Doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Texas A&M. Actualmente es profesor en Baylor University. Autor de Rescoldos, 1995; El desierto del mundo, 1998; Orilla de la madrugada, 1999; La consigna y el milagro, 2003; El yo inmerso, 2007; Barcelona y otros lamentos, 2008; Alucinamiento, 2009; Aleteo entre los trinos, 2014;

Susurros a mamá

Destellos de Zapotlán y otras penumbras, 2019; Alborozo, 2020, y Donde no falta nada, 2021, entre otros títulos.



Nombre: Alfredo Olmos Hernández

País: México

Edad: 36 años

Semblanza:

Originario de Pachuca, Hidalgo, México, es egresado de la licenciatura en Ingeniería Civil por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y de la Maestría en Enseñanza de las Ciencias por la Universidad Digital del Estado de Hidalgo. Ha colaborado en las revistas literarias *Espejo Humeante*, *Aeroletras*, *Fantastique* y *La Sirena Varada*. Es autor del libro *Capitán Sueño*, publicado por Librerío Editores.



Nombre: Ana Martínez Castro

País: Uruguay

Edad: 51 años

Semblanza:

Nací el 14 de agosto de 1974 en la ciudad de Montevideo, capital de Uruguay. Mi infancia y adolescencia transcurrieron en una zona rural, en el campo, en el departamento de Canelones, en el paraje Cueva del Tigre. Más adelante me mudé a la ciudad de Soca, donde viví hasta la adultez, momento en que me trasladé a El Pinar, también en el departamento de Canelones, donde resido actualmente.

Allí compartí once años con mi esposo, quien partió físicamente en abril de 2021. Desde siempre me ha gustado escribir. Tengo algunos libros publicados en colectivos de poesía, cuentos breves y literatura infantil.



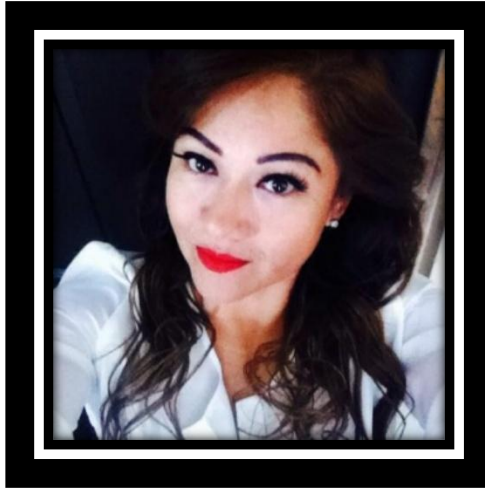
Nombre: Juan Carlos Quiñones Salazar

País: México

Edad: 63 años

Semblanza:

Es un escritor y poeta nato que posteriormente estudió la especialidad de Literatura en la Universidad Mesoamericana de San Agustín (Campus Mérida). A diferencia de muchos, no se ha encasillado en una sola temática de escritura, pues en cada una se adapta de manera natural. Su poética particular y preferida es la versada en rima. Además de sus estudios literarios, ostenta un título en Administración y Finanzas, que en la actualidad no ejerce, ya que goza de una pensión laboral debido a las secuelas de un evento cardiovascular.



Nombre: Agar Covarrubias

País: México

Edad: 53 años

Semblanza:

Nacida en Monclova, Coahuila, es psicóloga humanista y coach emocional. Con tres participaciones en antologías nacionales, su propuesta explora la sensibilidad y la pasión, faceta que la llevó a publicar poesía erótica bajo el sello argentino de la Editorial Anuket. Le gusta participar en concursos y convocatorias para seguir aprendiendo y perfeccionando su escritura, además de continuar su formación en talleres de escritura creativa y redacción. Para ella, cada día es una oportunidad de aprendizaje, y desea ofrecer mucho en este mundo de letras.



Nombre: María Balbina López Caballero

País: España

Edad: 52 años

Semblanza:

Cantante.

Ganadora del concurso de relatos en Fuente Obejuna, en la modalidad de adultos.

Segundo lugar en el concurso de relatos de Palos de la Frontera (Huelva).

Seleccionada en el certamen 40 relatos de terror.

Seleccionada en el certamen 40 relatos de amor.

Seleccionada en el certamen 30 relatos de gritos y pesadillas.

Segundo lugar en el I Concurso de Relatos de Terror «De la mano de Alba».

Susurros a mamá

Finalista en el III Certamen de Relato Breve 2019, Residencia de Mayores Campiña de Viñuelas.

Finalista en el concurso de microrrelatos de Santaella.

Seleccionada para la Antología de Fantasmas de Kannoniccal Editores.

Susurros a mamá



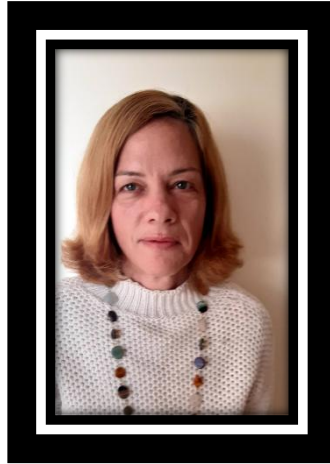
Nombre: Rosaura Béjar Hernández

País: México

Edad: 60 años

Semblanza:

Estoy estudiando el oficio de la escritura en el taller de crónica y cuento del Centro Cultural de la UNAM. Me dedico al hogar y trabajé durante más de veinte años en el manejo de ganado. Ahora deseo aprender a escribir, adquirir experiencia mediante la práctica y participar en concursos literarios.



Nombre: Silvia Carús

País: España

Edad: 50 años

Semblanza:

Escritora española y residente en Portugal. Desde hace varios años participo activamente en proyectos literarios nacionales e internacionales, donde comparto cuentos, poemas y relatos que exploran las emociones humanas, la memoria y la esperanza. Mi escritura busca dar voz a los sentimientos que muchas veces permanecen en silencio, transformándolos en historias cercanas y profundas.

He recibido diversos reconocimientos en certámenes y encuentros literarios, lo que me impulsa a seguir creando y compartiendo palabras.

Para mí, escribir es una forma de tender puentes entre el recuerdo y el presente, entre la emoción y la literatura.



Nombre: Cecilia Ekaterina

País: México

Edad: 56 años

Semblanza:

Yo, Cecilia Ekaterina, psicóloga de profesión y observadora de lo cotidiano, docente de educación superior, disfruto crear historias y universos donde se narran posibilidades. Para mí, escribir es volver a vivir o encontrar caminos en la búsqueda de uno mismo. Soy autora de plaquettes de poesía, relato, cuento para niños, dos novelas y doce libros de cuentos y relatos, además de colaborar en publicaciones de poesía y prosa. Miembro activo del Taller Poeta en su Tinta.



Nombre: Antonio Laossa Cob

País: España

Edad: 34 años

Semblanza:

Nació en Madrid en el otoño de 1985, como un regalo de cumpleaños para su hermana. Desde muy joven disfrutó de la compañía de los libros y, con el paso de los años, se sintió preparado para plasmar en papel sus propias historias. La saga El Guardián de la Puerta del Sur y su participación en diversas antologías son el resultado de esa revelación.



Nombre: Adrián Ramírez Alarcón

País: México

Edad: 41 años

Semblanza:

Soy diseñador, editor, abogado y cocinero. Nací en los hermosos mantos lacustres del norte de Nayarit, en el municipio de Acaponeta, pero mis raíces están en un pequeño poblado llamado Quimichis, de origen náhuatl. Es territorio de los ancestrales aztecas, descendientes directos del emperador Moctezuma Xocoyotzin y de los primeros habitantes de Tenochtitlán, que llegó a convertirse en el gran imperio mexica y cuna de la lengua náhuatl. Claro que de eso hace ya mucho tiempo y poco importa hoy en día, pero me gusta saberlo para contárselo a todo aquel que me pregunte dónde está Quimichis.



Nombre: Miriam Noemí González Chávez

País: México

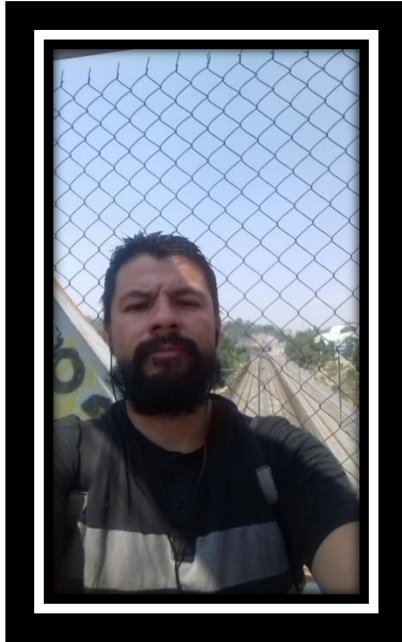
Edad: 61 años

Semblanza:

Miriam Noemí González nació en la ciudad de Colima, México, el 7 de marzo de 1965. Su amor por la escritura y la lectura inició en la adolescencia. Pasión que llevó en sus treinta y cuatro años de docencia, como una herramienta de apoyo en el aprendizaje de alumnos de primaria y de preparatoria. Actualmente es maestra jubilada, dedicada a la escritura de novelas espirituales y de superación. Su primer libro *Crónicas de un Alma en Pena* publicado por editorial Aداstra en 2025, es una invitación al lector hacer un viaje hacia su propia alma, y recorrer los caminos

Susurros a mamá

interiores de la conciencia: el dolor de la infancia, el peso de las máscaras sociales, el reencuentro con el niño interior y, finalmente, el despertar hacia una vida plena y consciente.



Nombre: José Jesús Rodríguez Velázquez

País: México

Edad: 37 años

Semblanza:

- 1.- Mictlan terror en tinta volumen 1 diciembre del 2023 publicado con el cuento «El Ángel de la Muerte en el Miedomex».
2. - Antología Editorial Worter internacional antología de cuentos de terror Latinoamérica con el cuento escultura de zevandra.
3. -Antología Editorial Worter internacional de cuentos apocalípticos: Después del Fin con el cuento tendremos que ser más libres que el amor.

4.—Editorial escinde publicado con el cuento El Crononauta Interdimensional.



Nombre: Rafael Hernández Viera

País: Puerto Rico

Edad: 58 años

Semblanza:

Es escritor y guionista puertorriqueño, creador de la marca GORAFYN — Screenwriter & Filmmaker. Su obra se caracteriza por una narrativa intensa, emocional y cinematográfica, explorando temas de identidad, memoria y humanidad.

Susurros a mamá



Nombre: Maritza Pérez Martell

País: Cuba

Edad: 70 años

Semblanza:

Nació en Cuba en 1956. Es profesora jubilada de español y Literatura, disciplinas que le enseñaron que las palabras bien dichas pueden cambiar el mundo. Escribe desde niña, convencida de que cada carta, cada poema, cada recuerdo contado es un puente hacia quienes ama. Uno de sus poemas fue seleccionado por la Editorial Sofkós para la antología El Primer Canto. Cree que escribirle a su madre es el mejor modo de seguir conversando con ella. Vive entre libros, cuadernos y la memoria luminosa de Mima.



Abner Marduk Silva Camarillo

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

Es historiador y profesor de Humanidades. Egresado de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, realizó una estancia académica en la Universidad de Sevilla, España. Ha ejercido la docencia en historia, filosofía y ciencias sociales en distintos niveles educativos, combinando el rigor académico con la formación crítica del alumnado. Ha participado como ponente en encuentros nacionales e internacionales y colabora en la divulgación histórica a través de medios digitales. Su trabajo se inscribe en el interés por la memoria, la educación y la reflexión humanística en el norte de México.

Susurros a mamá

Estos treinta y dos escritores noveles, unidos por el español y el escalofrío, prometen renovar el género. Su antología no solo aterroriza, sino que refleja diversidad cultural hispana en lo paranormal.



México

Uruguay



España

Ecuador



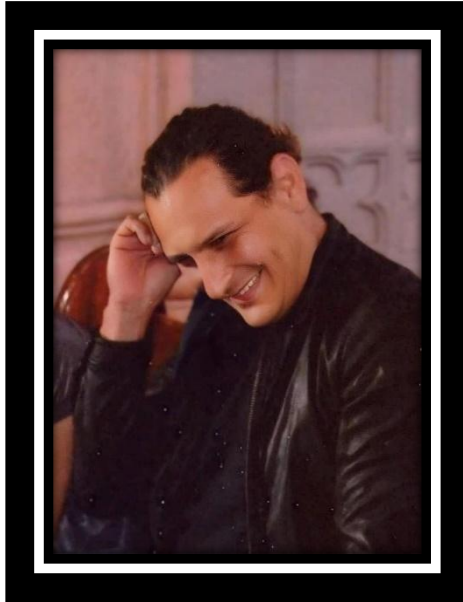
Guatemala

Cuba



Puerto Rico

Colombia



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Es autor de doce novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su labor como novelista, ha participado activamente en diversas antologías internacionales, reafirmando su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su

obra trasciende fronteras, conectando con lectores de distintas culturas y contextos.

En la actualidad continúa participando en concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas. Como parte de esta evolución, ha formado una comunidad de escritores de habla hispana con la que ha publicado tres antologías internacionales, marcando así un nuevo capítulo en su trayectoria como editor literario.





El escritor y editor literario José Arturo Sarabia Campos ha convocado a esta antología internacional de amor, reuniendo distintas voces que, desde diversos rincones de países de habla hispana, tejen historias donde la pasión, la ternura y la complejidad de los afectos se entrelazan con la esencia misma de la vida. En estas páginas, 39 autores de distintas latitudes exploran el amor en sus múltiples formas: el romántico, el filial, el espiritual y el que nace de la memoria compartida. Cada relato es un testimonio de cómo este sentimiento universal puede trascender fronteras, culturas y generaciones, creando un mosaico literario que celebra la fuerza transformadora del amor. Prepárate para sumergirte en un viaje donde la emoción es inevitable y el corazón se convierte en protagonista.

El acto de escribir es, en esencia, un gesto de memoria y de amor. En esta antología internacional de escritores de habla hispana, reunida bajo el título «Cartas a mamá», se entrelazan voces diversas que, desde distintos países, geografías y experiencias, convergen en un mismo sentimiento: la necesidad de hablarle a la madre, de agradecerle, de recordarla, de llorarla o de celebrarla.

El 10 de mayo, Día de las Madres en gran parte del mundo hispano, se convierte aquí en un puente literario que une generaciones y territorios. Cada carta es un testimonio íntimo, un fragmento de vida que se abre como un pétalo y revela la fragilidad y la fuerza de ese vínculo único. No importa si la madre está presente o ausente, si la carta se escribe desde la infancia, la adultez o la vejez: todas las palabras que aquí se reúnen son un homenaje a la raíz que nos sostiene.

Este libro es más que una compilación de textos; es un mosaico de emociones compartidas. Encontramos en sus páginas la ternura de quienes evocan los desayunos preparados con paciencia, la nostalgia de quienes recuerdan los consejos que hoy cobran sentido, la gratitud de quienes reconocen los sacrificios silenciosos, y también el dolor de quienes escriben desde la ausencia, buscando en la escritura un abrazo que ya no puede darse.

La riqueza de esta antología radica en su pluralidad. Escritores de distintos países de habla hispana —México, Argentina, Colombia, España, Chile, Perú, entre otros— han aportado su voz para construir un coro universal. Cada carta, aunque profundamente personal, se convierte en un espejo en el que todos podemos reconocernos. Porque hablar de mamá es hablar de la infancia, de la familia, de la identidad, de la raíz que nos define.